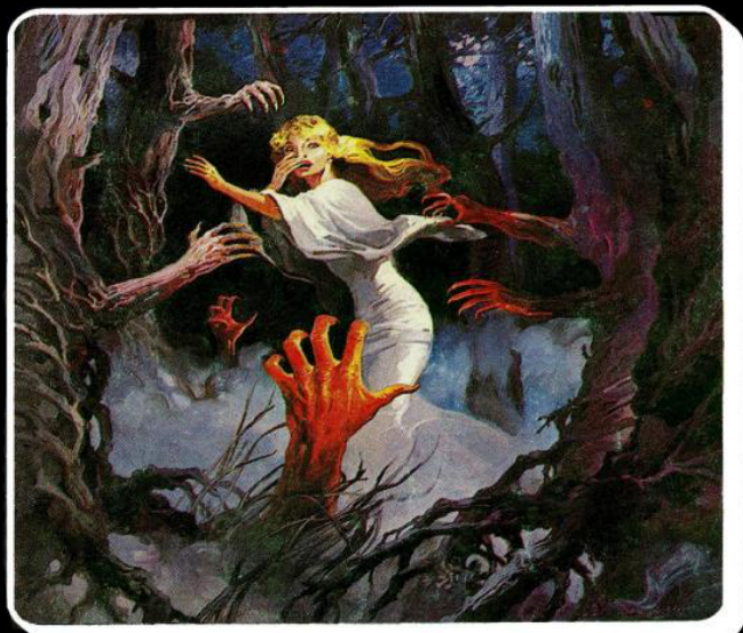
NOVELA INEDITA

Serie terror
THANATOS

Frank Caudett

Más allá del Bien y del Mal



EDICIONES FORUM

Frank Caudett

Más allá del Bien y del Mal

EDICIONES FORUM

1.ª edición: abril 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona

© Texto: Frank Caudett
© Cubierta: Ballestar - Ag. S. I.

ISBN: 84-7598-089-9
Depósito Legal: M. 10126-1985
Fotocomposición: T. G. S.
Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)
Impresión: Gráf. FUTURA. Sdad. Coop. Ltda. Villafranca del Bierzo, 21-23. FUENLABRADA (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, abril 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

¡He aquí la hora de los hechizos nocturnos, cuando bostezan las tumbas, y el mismo infierno exhala su soplo pestilente sobre el mundo! ¡Ahora podría yo sorber sangre caliente y ejecutar tales horrores, que el día se estremeciera al contemplarlos! ¡Calma!… Vamos a mi madre. ¡Oh corazón mío, no pierdas tu sensibilidad! ¡Que el alma de Nerón no halle cabida en este firme pecho! ¡Sea yo cruel, más no inhumano! ¡No usaré el puñal, aunque puñales sean para ella mis palabras! ¡Que mi lengua, tanto como mi alma, sean en esto hipócritas, y por mucho que la amenace y la zahiera con mis execraciones, no consientas, alma mía, en sellarlas con la acción!

HAMLET. Acto III, escena II,

W. Shakespeare

No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.

SAN JUAN, 7, 24.

1974

CAPÍTULO 1

John Cárdenas había buscado una vez más refugio en el cuarto de los juguetes, no sabía muy bien por qué.

O sí lo sabía.

Procurando no abundar en aquellos pensamientos que tanta confusión le producían, se dispuso a divertirse con el «Scalextric».

Apenas si había tenido tiempo de coger el control a distancia que lanzaba los minibólidos por los monorraíles cuando escuchó aquel roce, aquel crujido…

La falda de Cynthia deslizándose de un lado para otro del dintel de la puerta. A derecha. A izquierda.

Él sabía que su prima lo hacía expresamente.

—John…

Se volvió hacia ella evitando mirarla a los ojos.

Si inclinaba la cabeza, era peor. Mucho peor. Porque entonces se tropezaba con aquella minifalda plisada, blanca, casi del color de la nieve, que dejaba al descubierto prácticamente la totalidad de las piernas de su prima. Unas piernas preciosas, obsesivas, que habían hecho descubrir a John, a sus doce años, que servían para algo más que para andar.

Servían para ser contempladas. Para observar su escultórica perfección. Porque las de Cynthia eran unas piernas exquisitas. Hasta tal extremo que una importante firma publicitaria se había dirigido a su tío, Mark Houseman, un par de años atrás, solicitando su permiso para contratar a Cynthia. Se trataba de anunciar unos calcetines por medio de *spots* televisivos. Su rígido tío Mark, obviamente, se había negado.

Eso causó profundo disgusto en la muchachita que estaba orgullosa, más que eso, endiosada, a causa de la perfección de sus largas y esbeltas extremidades inferiores.

Cynthia intuyó en algún momento la obsesión que la hermosura

de sus piernas ejercía en el pequeño John y, desde entonces, no desaprovechaba la menor circunstancia para provocarle, excitarlo. Acabando por burlarse de él.

John, cada vez que era sorprendido contemplando las hermosas piernas de su prima tenía la impresión agobiante de que un volcán se encendía en su rostro haciéndole arder las mejillas.

—¿Qué quieres? —preguntó, clavando la mirada en tierra y llevándola después al control remoto del «Scalextric».

—¿Te gusta más estar aquí solo que… *jugar* conmigo? —había matizado intencionadamente la palabra «jugar».

—Cuando quiero, me recuerdas que tú tienes quince años y que yo soy un niño.

—Hay juegos muy *divertidos*… —Seguía poniendo especial énfasis en aquellos vocablos que pronunciaba con una intención ajena a la etimología de los mismos—, para entretener a una chica y a un niño.

John, sintió ya que el volcán se encendía.

Murmuró:

—Bueno… Tú y yo somos primos. Y es cierto, soy un niño. Así que…

Ella, despacio, contoneándose con la misma sutileza con que lo habría hecho una mujer adulta empeñada en provocar a un hombre, avanzó hacia su primo.

—Ya… —Se mordió el labio inferior—. ¿Y si no fuésemos parientes?

—Seguiría siendo un niño, ¡digo yo!

Cynthia se puso a su lado y le quitó el control del «Scalextric».

—Un niño muy guapo. Cuando seas mayor, John… volverás locas a las mujeres.

Pensó el muchacho que de nada iba a servirle si para entonces no había logrado vencer aquella timidez agobiante, aquel pánico incomprensible que le producía todo lo relacionado con el sexo opuesto.

—Fa… falta mucho para eso.

—John… ¿No te gustan mis piernas?

Cynthia levantó la falda asiéndola por el borde de manera que sus perfectas extremidades y aquellos muslos prietos que parecían de bronce quedaron al descubierto. También la menguada braguita

de un color muy parecido a la carne.

—Bueno…

—¿No eres capaz de mirar mis piernas sin ponerte encarnado?

John alzó súbitamente los ojos, más lo hizo buscando el rostro de su prima y no las piernas.

Pero Cynthia era tan bella, que él se sentía igualmente turbado. No importaba cuál fuera la parte de su cuerpo que mirase. Porque el rostro de la muchacha estallaba en belleza. Lo mismo por la luminosidad azabache de sus grandes y penetrantes pupilas… unas pupilas que parecían poseer el don de leer todos los pensamientos de John y disfrutar haciéndolo; como por la línea suave de su nariz recta terminada en arabesco respingón; como por la perfilada carnosidad de sus labios gordezuelos, agrietados, que ella ahuecaba con diabólico rictus igual que si pidiera un beso…

Nada más.

Igual que si lo pidiera, eso. Pero no pasaba de un intento manifiesto de ponerlo nervioso, de burlarse de él. Una vez que John había intentado besarla, Cynthia lo abofeteó, amenazando con explicárselo a «papá».

—Bueno… —Se mordió el labio inferior sintiéndose terriblemente incómodo—. Pienso que no está bien que te mire las piernas.

—¿Por qué? —Cynthia casi se pegó a él.

—No… —Bajó de nuevo la vista—, no lo sé. Sólo sé que no está bien.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Por qué no me dejas solo, Cynthia?

Ella tomó la mano derecha del niño al tiempo que decía:

—Porque estoy segura de que a pesar de todo deseas que esté contigo. Mírame, por favor. Mírame… —Y la mano que tenía apretada entre los dedos de su diestra la puso encima de uno de sus muslos, obligándole a que la deslizara hacia abajo, hasta la rodilla. Subiéndola de nuevo, preguntó—: ¿A que tengo la piel muy fina, eh?

Tragó saliva convencido de que la hoguera que encendía su rostro haciéndole arder las mejillas era de intensidad muy superior a la de un volcán.

Respondió:

—Sí…

—¿Por qué no me acaricias las piernas entonces? —Y antes de que él dijera o hiciese algo, añadió—: ¿Sabes lo que me dijo el otro día Chase Fowler? —Mantenía la mano de John apretada contra su cálido muslo consiguiendo con aquel contacto excitante que los dedos del niño temblasen. Repuso—: Pues… Me dijo que pensando en mis piernas había hecho algo que le proporcionó gran placer. Pero que hubiese preferido hacerlo en mi compañía. John…

—¿Qué, Cynthia?

—¿Tú nunca te lo has hecho pensando en mí?

—Por favor…

Le pegó un violento tirón a la mano.

—¡Contesta a mi pregunta, niño tonto! ¿Te lo has hecho, sí o no?

John Cárdenas pensó que iba a volverse loco.

Ella sabía muy bien la respuesta. Pero pretendía humillarlo obligándole a confesar en voz alta.

—Sí…

Una sonrisa de satisfacción iluminó las perversas y bellas facciones de ella.

—¿Qué sientes al hacerlo?

—Cynthia, te lo suplico. No te ensañes más.

La cruel mujercita se crispó. Amenazando:

—Si no respondes a mi pregunta te juro que le diré ahora mismo a papá que has intentado quitarme las braguitas para contemplar mí «tesoro» y tocarlo.

Unas silenciosas lágrimas comenzaron a resbalar desde los ojos azules de John, porque sabía que Mark Houseman, desde hacía tiempo, esperaba la menor oportunidad, el más pequeño motivo, para meterlo en un internado. Luego de decirle a Rowena, su esposa y hermana de Sandra, la difunta madre de John:

»—¿Lo ves, Rowena? ¿Qué…? ¿Tenía o no razón? Te dije que este niño ha heredado los malos instintos y la ruindad moral de su padre. Es un golfo… Me opuse desde el primer día a tenerlo en casa. A que conviviera con nuestras hijas. ¿Te das cuenta?, hemos criado a nuestras chicas en el más estricto sentido moral y con gran conciencia del pudor… ¡Para que ahora venga este enano descarado a descubrirle a Cynthia toda la suciedad de las bajas pasiones!

¡Igual que el puerco de su padre!

José Cárdenas —el puerco de su padre—, caso de estar con vida en algún rincón del mundo, no era más que un pobre desgraciado. Una víctima más de las muchas que cierta clase social necesitaba para seguir manteniendo incólume su tolerancia moralista—. Uno de los muchos cientos de miles que tenían que arrastrarse por la vida a cuatro patas, para que los demás, luego de humillarles, tuvieran con ellos amagos caritativos, rasgos de humanidad que no servían más que para recordarles su condición de desheredados.

José Cárdenas había llegado desde su Puerto Rico natal a Estados Unidos, clandestinamente, y luego de ser explotado vilmente, utilizado en los trabajos más abyectos y ruines, un día que se le ocurrió hablar de derechos y dignidad, fue «descubierto» por los de inmigración que, de un punterazo, lo enviaron a su lugar de procedencia.

Pero como era un tipo tenaz, volvió a intentarlo.

Esta vez, al menos en principio y aparentemente, con más suerte. Conoció a Sandra Donovan, que se enamoró de él como una colegiala, y se casaron. Eso hizo que José pudiera integrarse de derecho en la ciudadanía estadounidense. Pero ¡para lo que iba a servirle!

Sandra no aguantó más de cuatro años las presiones familiares y sociales. Acabó encontrando las mil y una causas que contarle al abogado que tramitó el divorcio.

Eso devolvió a Cárdenas al fango. Por el que se arrastró, ahora, en compañía de la botella, hasta convertirse en un alcohólico irreversible. Tres años después del divorcio, hacía cuatro de ello, Sandra murió de repente. Consumida, sin duda, por los amargos remordimientos a los que no lograba escapar. Por todo aquello que le recordaba a diario lo inhumano de su proceder con José. John, el pequeño John, era su mejor y peor recuerdo a la vez.

Sandra había muerto. Rowena hubo de luchar y sufrir mucho para convencer a su marido de que debían, de alguna manera, adoptar al niño. Cuidar de él. Protegerle.

Desde entonces, sí, Mark Houseman esperaba la primera oportunidad que se le presentara para deshacerse de John confinándolo en un internado.

Melissa y Cynthia, las dos hermanitas, las primas de Cárdenas, lo

sabían. Por eso gozaban de continuo burlándose de él, provocándolo, humillándole… Eran a cuál más cruel y sutiles. Más despiadadas.

Sobre todo Cynthia, desde el momento en que se dio cuenta que su cuerpo, su belleza, la lubricidad que respiraban sus formas abruptas, excitantes, habían despertado los primeros albores del amor y el sexo en la mente de John.

Zafándose a las funestas meditaciones que lo habían envuelto durante unos instantes, John Cárdenas decidió alzar la mirada hasta tropezarse con aquellos enormes ojazos negros, penetrantes, iluminados por un rayo burlón, salvaje…

Parecían los ojos de una pantera clavados en su víctima indefensa, saboreando en una pausa contemplativa el placer que le produciría devorarla.

Devorarle a él.

En cualquier momento.

Dijo, con voz y labios trémulos:

—Gusto.

—¿Tan hermosas son mis piernas que pensando en ellas, cerrando los ojos para imaginarlas… —Mientras hablaba, acariciaba perversamente sus pantorrillas. Dejó de hacerlo, de pronto, para juguetear en el elástico de la braguita, hasta que se bajó esta de un tirón—, encuentras gusto y placer? Retén esta imagen de ahora en tu memoria y así tendrás mayores motivaciones para tu solitario delirio… ¿eh?

John había cerrado los ojos. Deseando con fe quedarse ciego para librarse para una vez por todas de aquel proceso sádico con que ella pretendía enloquecerle a la par que se divertía salvajemente.

—¡Cynthia! —gritó una voz desde el pasillo.

Ella, nerviosa y azarada ahora, se subió la prenda con precipitación.

—¡Estoy aquí, Melissa! Viendo como John juega con el «Scalextric».

La mayor de las hermanas Houseman apareció en la puerta. A sus diecinueve años ya era toda una mujer con los relieves propios, las curvas, y todas las sugerencias tentadoras que una hembra bien formada se preciaba de lucir para suplicio de los hombres.

Pelirroja. Boca de labios gruesos, provocadores, y cuerpo excesivamente procaz. No estaba en belleza y elegancia a la altura de su hermana. Tampoco en crueldad y malos instintos, aunque nunca se hubiese portado con John de manera noble y cariñosa. Pero no se había ensañado con él como la otra.

Vestía un jersey escotado que aprisionaba con descaro sus pechos voluptuosos y un *blue jeans* que hacía de sus nalgas un recorte descarado, insolente.

En la mano derecha traía un ramillete de siemprevivas.

—Voy al cementerio, ¿me acompañas? —le preguntó a Cynthia.

La quinceañera, antes de responder, miró a John con la intencionada perversión de siempre.

—Si éste viene con nosotras…

—Prefiero quedarme jugando.

—¿Olvidas que tu madre está enterrada en ese cementerio? —le recriminó, acremente, Melissa.

Una nueva oleada de rubor se apoderó del rostro del muchachito.

—Bueno… Yo… Está bien. Iré con vosotras si queréis.

2

Mark Houseman era uno de los terratenientes más importantes de San José, ciudad californiana que se alzaba al sur de la bahía de San Francisco.

Sus propiedades eran inmensas. Grandes franjas dedicadas al cultivo de frutos con una producción que a la cantidad unía la calidad, había hecho con el tiempo que el producto que germinaba en las tierras de Houseman adquiriese una cotización siempre al alza en los mercados frutícolas. De otra parte, Mark era el presidente de la cooperativa local y quién controlaba, en consecuencia, la distribución de los productos que se cosechaban en aquel sector.

Durante un tiempo pareció que otro industrial frutero, Van Fowler, podía hacer sombra al imperio Houseman. Pero conscientes ambos de que la rivalidad entre ellos sólo redundaría en beneficio de terceros, decidieron un buen día asociarse, y ahí se acabó la historia. Como Van Fowler era además abogado, había montado un gabinete jurídico que no tenía otra misión legal que proteger los intereses de la sociedad.

En los últimos tiempos y frente al evento de que desaparecidos ambos la fusión quedase al albur de posibles riesgos e injerencias externas por parte de competidores que intentasen meter cuñas, lo que siempre podía resultar un peligro, Van y Mark veían con excelentes ojos el acercamiento entre sus hijos Chase y Cynthia.

La unión matrimonial entre la joven pareja establecería unos vínculos de indisolubilidad en el imperio que con tanto sacrificio habían levantado lo cual les llenaba de satisfacción.

Todo eso cruzó con fugacidad por la mente, no tan infantil como podía hacer pensar la edad de John Cárdenas, cuando camino del cementerio privado de las dos familias, Melissa preguntó a su hermana:

—¿Irás con Chase a la fiesta de cumpleaños de la hija mayor de los Malcolm?

—Si me lo pide… Claudia ya celebra su mayoría de edad, ¿no?

—Sí. ¿Sabes que a ella no le importaría emparentar con Chase Fowler?

La juvenil morenaza largó una sonora y despectiva carcajada.

—Chase come en la palma de mi mano, hermanita. Ni borracho se casaría con esa pueblerina pazguata.

—Yo, de ti, no me fiaría demasiado.

—Tranquila. Hoy vendrá a pedirme como un corderito que le acompañe a la fiesta. Y si no lo hace, iré con John.

—¡Déjate de bobadas!

Cynthia sujetó a su hermana por un brazo obligándola a mirar al muchacho.

—¡Qué dices! —exclamó—. ¿No te has fijado bien en este ejemplar? Ya es un hombrecito, ¿no lo sabías? Me ha confesado que se masturba pensando en mí.

—¡Cynthia! —gritó la mayor, sofocada—. ¡Eres… eres una… qué sé yo! ¿Sabes que hará papá contigo si te oye hablar así?

—Nada. Porque entonces no me casaré con Chase, ¡y adiós sueños de grandeza y poder! Además, yo le diría que no sé lo que es eso. Que me lo ha dicho John…

—Prefiero hacer como que no te oigo.

Habían cruzado la verja que daba marco al sepulcral recinto en el que crecían muy altos y reverentes aquellos espigados cipreses que cuidaban con su erguido silencio de velar el reposo eterno de los antepasados de los Houseman y los Fowler.

El resto de familias de San José inhumaban sus deudos en el cementerio municipal.

—Tenías que haber traído algunas flores para tu madre —dijo Cynthia. Cogiéndole una mano aunque él hizo lo imposible por evitarlo, agregó—: Vamos, te ayudaré a cogerlas. No las hay más indicadas que las que crecen en el mismo cementerio. Ven…

—¡Cynthia! —Melissa había vuelto la cabeza—. ¿Qué pasa ahora?

—Enseguida te alcanzamos. John y yo vamos a buscar flores para tía Sandra.

Melissa advirtió:

—Sin entretenerse, ¿eh? Estaré rezando en la tumba de los abuelos.

—De acuerdo… ¡Ven acá, bobo! —Tiró de John hacia la parte oeste del camposanto, la de vegetación más frondosa y descuidada.

Aquélla en la que recibían sepultura los componentes de la servidumbre y empleados de las dos familias, cuyos deudos desearan enterrarlos allí.

—Por favor… —murmuró el muchacho como si entendiera lo que ella pretendía.

Lo curioso y terrible del caso era que John, experimentando un pánico atroz ante el hecho de quedarse de nuevo a solas con su prima, deseaba al mismo tiempo con una vehemencia difícil de contener, imposible de controlar, estar a su lado en solitario. Era algo muy parecido a lo que les sucedía a quienes iban a ver películas de terror y se pasaban la proyección angustiados, con el corazón encogido, hasta temblando algunos, siendo incapaces de renunciar al morboso atractivo que les proporcionaba aquel excitante flagelo psíquico cargado de fuertes dosis de masoquismo.

Él temía ser humillado por Cynthia… ¡Pero lo deseaba tanto!

Le habría gustado tener el suficiente valor para golpearla con brutalidad, arrancarle violentamente aquellas braguitas obsesionantes, enloquecedoras… ¡Y *hacérselo* después delante de ella!

—Mira, allí hay un brote de margaritas.

Cynthia echó a correr.

Tropezando de pronto con una raíz seca para, tras dar medio giro profiriendo una queda exclamación de dolor, caer de espaldas —despacio y muy estudiadamente— sobre la pétrea lápida de una humilde sepultura.

—¡Oh… qué dolor! Creo que me he dislocado un tobillo.

John llegó precipitadamente junto a ella.

—¿Te has hecho daño?

—El tobillo… —Y subiéndose al máximo la minifalda plisada, agregó—: Y creo que me he arañado en un muslo.

Señalaba el pequeño corte, un tenue surco en su piel bronceada, por el que corría un hilillo de sangre.

—¡Ponme un poco de saliva! —exclamó.

Lo hizo, de manera maquinal.

Cuando extendía el líquido, la mano de ella aferró la de John apretándola contra el muslo cálido. Él, al contacto con aquella carne, sintió que sus mejillas ardían y que todo su cuerpo temblaba como batido por un huracán.

—Te gusta, ¿verdad, enanito lujurioso?

John Cárdenas se hubiese puesto a llorar de rabia. Pero ella, cruel y excitante al máximo, subió su mano hasta la prenda más íntima, susurrándole:

—Quítamelas, anda… ¡Te estás muriendo de ganas!

Él no supo qué hacer.

No conseguía vencer su estúpido rubor. La terrible timidez que le angustiaba frente a una realidad que le hacía fluctuar entre lo bueno y lo malo… Pensaba que lo realmente bueno sería obedecerla: arrancar la crujiente prenda íntima y…

Algo, sin embargo, le gritaba que no debía hacerlo: que era malo.

En medio de aquella incertidumbre, John llegó a sentirse enormemente ridículo.

—¡Estúpido! —Ella estaba roja como una amapola—. ¿Qué esperas?

El muchacho cayó de rodillas, exclamando:

—¡No puedo…! ¡No puedo!

—¡Con la de hombres que suspirarían por esto!

John tartamudeó:

—Te… tengo miedo, Cynthia. Porque sé que te estás burlando de mí.

—Está bien —masculló contrariada. Encogiéndose encima de la lápida se descalzó, quitándose los calcetines de tenis y dijo, insinuante—: ¿Te gustaría al menos besarme los pies?

John Cárdenas, a sus doce años, no alcanzaba todavía a entender la perversión sexual que encerraba la mente quinceañera de su prima. Sin embargo, deseaba con frenesí prestarse a un juego en el que se sabía perdedor.

Era, más que un deseo, una obsesión.

—Sí… —susurró sin apenas voz.

—Hazlo, tonto. Hazlo… Bésame los pies. Pero no me hagas cosquillas, ¿eh?

La mano derecha de John, temblorosa, vacilante, se acercó muy

despacio hasta el pie de Cynthia y lo tomó con el mismo cuidado que habría puesto al coger un objeto muy valioso de cristal o porcelana. Lo tomó, con sumisión y reverencia.

Después, hundiendo sus labios en aquella carne tibia, fue besándola. Recorrió el perímetro del pie con la boca, sintiendo que el corazón se le agigantaba golpeando furioso contra su pecho, amenazando con estallarlo.

Pensaba a la vez que no podía existir placer superior en el mundo al que le proporcionaba besar el pie de Cynthia por cuyos labios, entrecortadamente, brotaban unos tenues suspiros de satisfacción.

Tan en las nubes estaban los dos que no escucharon el crujir de las hierbas secas bajo unos zapatos que sostenían una alta y contrahecha humanidad de muchas libras de peso.

—¡Hum…! ¿Qué diablos estáis haciendo?

Ella fue la primera en reaccionar, gritando:

—¡Eh…! ¡Oh, John! ¡Maldito estúpido! ¿Cómo te atreves a…? —Le golpeó en la cara con el otro pie—. ¡Idiota! ¡Pero…! ¿Estás loco? ¿Cómo te has atrevido a besarme los pies? ¡Papá te desollará vivo por esto! Se pondrá furioso en cuanto se entere.

—¿Yo…? ¡Pero…! ¡Cynthia! Tú… tú me has dicho que…

—¡Calla! —Le escupió, incorporándose, roja, furiosa, mirando al tipo extraño que había surgido entre los arbustos—. ¿Quién anda…? ¡Ah! ¡Oh, Jock, eres tú! Menos mal…

Jock Stein, con sus ojos estrábicos que dejaban parte del globo ocular en blanco, insistió:

—¿Qué… qué hacíais?

Jock Stein era un ser extraño de apariencia repulsiva y malévola. Posiblemente el único del mundo capaz de hacer el papel del Quasimodo de Víctor Hugo sin necesidad de caracterizarse.

Nada tenía que agradecerle a la madre natura y sí motivos para odiarla. Mirarse cada mañana al espejo —suponiendo que lo hiciera — debía resultar una tortura inimaginable, aunque quizá Jock, harto acostumbrado a su repulsiva fealdad, la encontraba del todo normal. Puede también que su repugnante apariencia no le preocupase demasiado.

Contrahecho, de andares simiescos, con una enorme joroba en las costillas que parecía un saco deforme, enormes pies con relación

a su estatura, brazos arqueados colgando como leños llenos de nudos…

Cejas hirsutas y ridículas, ojos pequeños y huidizos que se empeñaban siempre por converger en la punta de una nariz, descomunal y achatada, que daba la sensación de haber sido clavada a martillazos en aquel rostro grotesco, abotargado, que podía producir dos sensaciones distintas: hilaridad o terror. La boca de labios que parecían dos pequeñas morcillas de un rojizo tan espectacular como nauseabundo, estaba de continuo húmeda en las comisuras.

Y más ahora, que miraba estupefacto, atontado, como en trance, las hermosas piernas de la chica, aquellos muslos de bronce tan perfectos… y un *flash* excitante de la prenda íntima cuando ella encogió una pierna para ponerse el calcetín.

—Nada, Jock —respondió Cynthia—. Buscábamos flores para poner en la tumba de tía Sandra… y me he caído. John me curaba porque he quedado un poco traspuesta, ¿sabes?

—Sí… —Movió aquella ridícula cabezota lo mismo que si no tuviese articulaciones que la unieran al resto del cuerpo— í…

—Pero éste, que es muy listo, ha querido aprovecharse. ¿Has visto, Jock? ¡Me estaba besando los pies!

—Sí… Lo he visto.

—Pero tú no dirás nada a nadie, ¿verdad que no?

—No… Pero puedo darle un escarmiento a John si tú quieres.

Cynthia miró al encogido muchacho, cuyo rostro quemaba mostrando unas mejillas arreboladas, como si le perdonase la vida.

—No, Jock. Por esta vez… No.

Stein era el *rasgo de humanidad* que los Houseman se permitían de cara a su entorno social. Dos años atrás lo habían encontrado durmiendo en el interior de una sepultura vacía, con un bocadillo al lado y una botella medio llena de vino.

Mark Houseman se convenció al punto de que aquella oportunidad de pasar por un hombre de humanísticos contenidos morales no podía desaprovecharla. Le dijo al indigente, al que en círculos familiares llamaría «engendro», que si se portaba bien, allí tendría comida y techo.

Se le encomendó cuidar del cementerio y del jardín de la hacienda, a condición de no dejarse ver demasiado por aquélla,

debiendo pedir permiso a la hora de recortar el césped y regar flores y plantas…

A cambio, lo dicho: comida y cama. Para esto último se le habilitó una casucha deshabitada, con goteras incluidas, sin puertas ni ventanas, que medio derruida se alzaba casi al final del camposanto. Jock se encargó de remozarla, dentro de lo que él entendía por remozar, dejándola en condiciones de ser habitada, para cuya gestión Stein era poco exigente. Nada exigente.

Desde el primer momento se comportó con extraordinaria sumisión.

Lo mismo que un perro lamiendo la mano que le daba pan.

Profesaba un exagerado respeto a las mujeres de la casa, aunque dentro de sí, dada su primitiva condición, hervían extraños sentimientos en torno a Cynthia Houseman. Jock la veía, más que como mujer, como a una diosa a la que no debía mirar fijamente ni un segundo. Pero a la que habría deseado profanar con toda la brutalidad de que era capaz.

Eso, no podía saberlo ella… ¿O sí?

A veces, como en aquel momento, Cynthia le miraba de una forma que…

—Está bien. Por esta vez, le perdonaremos —hablaba en plural, lo mismo que si también él fuera parte ofendida en la cuestión.

—Volvamos junto a Melissa, John. ¡Adiós, Jock!

Stein se pasó la lengua por aquellos labios húmedos y repulsivos.

Desviando los ojos diminutos y malignos —que por una vez parecían haberse apartado de la punta de su aplastada nariz— de los muslos pletóricos, morenos y apetecibles de la excitante jovencita, murmuró roncamente:

—Adiós… ¡Y cuidado con lo que haces, John! ¿Eh?

El pequeño Cárdenas le volvió la espalda yendo tras su prima con las pupilas bailando encima de los sensacionales glúteos que ella, al compás de su andar estudiado y contoneante, movía como una maravillosa fascinación.

Melissa, inquieta por la tardanza de la pareja, recostada contra un arbusto delante de la tumba de los abuelos, exclamó al verlos llegar:

—¡Ya era hora!, ¿no? Creí que estabais «fabricando» las flores.

—Pues mira por dónde, no hemos encontrado. Sólo hay

margaritas, y además mustias.

—Cynthia, ¿a quién pretendes tomar el pelo? Tú crees ser muy lista y encima tomas a los demás por tontos. El día que papá se entere de tus tejemanejes…

La menor de las Houseman puso cara de circunstancias. De asombro.

De sorpresa, al oír como la tachaban de algo incierto, falso. Grave.

—¡Pero…! —fingió inocencia—. ¿Qué estás insinuando?

—¡John! —Melissa se encaró con el muchacho—. Quiero la verdad. ¿Qué ha pasado?

Pareció que acababan de pegarle con un tizón en la cara.

—¿Pa… pasar? —bisbiseó—. ¡Nada! Nada… Hemos estado buscando flores y… Lo que te ha dicho Cynthia, ¡de veras!

—Como sé que no voy a sacar agua clara… Pero empiezo a estar harta de vosotros. Y tú, John, anda con tiento porque eres el que más se juega. Procura no olvidar que eres un niño… UN NIÑO. Y los niños tienen que ser obedientes y educados, y en tu caso, además, agradecidos por el bien que se les proporciona. A la vuelta de cualquier error, tienes un internado esperando. ¿Está claro?

—Sí. Sí… No he hecho nada malo, ¡te lo juro Melissa!

—Mejor que sea así.

Regresaron a la casa y, de camino, Cynthia le susurró al oído:

—Quiero que pintes mis piernas, ¿oyes?

—Déjame ya, por favor. Acabarás volviéndome loco.

—Sé que tu «profe» de dibujo le dijo a papá que tenías una mano excelente para ello. Que a poco que te aplicaras podías llegar a ser un dibujante excelente, incluso un buen pintor.

—¡Va…!

—También sé que pasas la mayor parte de tu tiempo libre, dibujando. He visto los cuadernos que tienes en tu habitación. ¡Haremos una cosa!

John se sobresaltó. Las ideas de Cynthia no podían traerle nada bueno.

—¿Qué… —titubeó interrogante—, qué cosa?

—A partir de hoy, cuando todos estén dormidos, vendré a tu habitación…

—¡Cynthia! ¿Te has vuelto loca?

—¿Quieres que le dé a mi papá mi versión de lo que acaba de pasar? Puedo decirle que corríamos, que me has tirado al suelo, que te has echado encima de mí, que pretendías desnudarme… y que gracias a la llegada de Jock no has consumado tus sucios propósitos. Stein dirá amén a lo que yo diga. Soy el amor imposible de Jock y se dejaría matar por mí. Estoy segura de que se pasa las noches… ¿Entiendes, no? Vendré a tu cuarto.

—¿Para qué?

—Para que dibujes mis piernas.

—No… Te lo pido de rodillas, no vengas.

—Vendré —insistió con acento perverso—. Cuando todos duerman. Con el camisón y sin nada debajo. Así podrás dibujarme al natural, ¿eh? Me sentaré en una silla completamente desnuda… Con las piernas estiradas o cruzadas. Bueno, eso lo dirás tú, que al fin y al cabo eres el artista.

En la mente del muchacho se dibujaron escenas túrbidas, situaciones morbosas que estallaban en el deleite…

Alucinaciones que parecían realidades.

De todo pasó por su mente en un abrir y cerrar de ojos, prueba del poder que Cynthia ejercía sobre su psiquis y de la sumisión que él, no sabía si en contra de su conciencia, se complacía ofreciéndole.

Con un atisbo de timidez, intentó aún resistirse, rechazando:

—No… Es mejor que no vengas.

—Sabes que vendré, pequeño libertino. Y sabes también que en el fondo de tu confundida cabecita de niño malo lo deseas locamente. Vamos… ¡que ya estás contando las horas que faltan para la noche!

Melissa se revolvió en aquel momento, exclamando desabrida:

—¡Ya está bien de rezagarse!, ¿no?

—¿Sabes que ya me tienes muy harta, Melissa? Cualquier día te meto una víbora en la cama… Aunque bien pensado —Cynthia soltó una burlona carcajada—, ¿para qué? Igual la muerdes tú a ella. Eres muy capaz de ello.

La otra hizo amago de correr y abofetearla. Se detuvo, con la diestra en alto.

—¡Hazlo, anda! ¡Hazlo…! ¿Qué esperas? Tú, tócame la cara, y verás que pronto se entera papá de los «lotes» que te pegas con el

Peter Foxworth ése, que se conoce de memoria y a oscuras todos los lunares y verruguitas de tu cuerpo molinero.

—¡Eres… eres una sórdida y mezquina! Si no cambias, acabarás mal, muy mal. Porque eres pérfida y tus sentimientos son retorcidos y ruines —la voz de Melissa traslucía todo el odio que a veces despertaba dentro de ella su mordaz hermana—. Sigue así y tu final será trágico.

Recorrieron en silencio el trecho que les separaba de la casa.

1985

CAPÍTULO 3

—Tiene que ser aquí… ¡Aquí! ¿Comprendes, Cynthia?

Ella le miró con displicencia. Puede que hasta con desprecio. Con el desprecio de siempre. El de antaño. El de hoy. Posiblemente el de mañana.

—Lo único que comprendo es que estás loco, John. Y muy nervioso.

Él, con el índice tembloroso, señalaba la humilde sepultura.

—Aquí fue donde me provocaste aquel día con tanto sadismo… ¿Recuerdas? Aquella noche pinté tus piernas. Y me humillaste de nuevo haciendo que besara tus pies.

—A ti te complacía, ¿no?

—Me daba miedo ir más lejos. Me producía terror poseerte como un hombre. Era un niño.

—¿Y ahora? —Los ojos grandes, profundos, y hasta duramente burlones de Cynthia, estaban fijos en el rostro agradable, guapo para ser exactos, de su primo John.

—Creo que estoy bajo la sugestión de entonces. Es… Es un trauma que tengo que destruir.

—¿Encima de esta sepultura? —preguntó ella con distante frialdad.

—Sí. Tiéndete, Cynthia. Como aquel día…

Lo hizo. Igual que si aquel absurdo juego, en el fondo, la divirtiese.

—Tengo la sensación —dijo, luciendo aquellas piernas extraordinariamente hermosas hasta las ingles, dejando también al descubierto la sugestiva braguita negra—, de que te gustaría empezar como entonces. Hacer aquello que, según tú, tanto te traumatizó.

Él la devoraba con ojos hambrientos. Ojos que mostraban la

inseguridad de un neurótico. La obsesión de un paranoico.

—¿Qué quieres decir?

—Besándome los pies. ¿Me descalzo?…

No pudo sustraerse al hechizo morboso de aquel delirio masoquista que seguía confundiendo su psiquis, trastornándola posiblemente.

—Sí… —rugió con ronco jadeo. Repitiendo—: Sí. Deseo besarlos.

—Nunca serás un hombre, John. Nunca… Cuando un ser no es capaz de definirse y sucumbe a la personalidad de otro, es un desgraciado. Si quisiera, en este momento haría de ti lo que me viniese en gana.

Cynthia separó sus piernas dejando que John tomara uno de sus pies menudos, de gordezuelos y bien formados dedos, entregándose con frenesí a la tarea de besarlos.

Rió ella quedamente.

—Cualquier día volveré a pintar tus piernas… —jadeó, levantando un momento los labios. Para añadir con tono extraño, siniestro, que hizo estremecer a la preciosa morena—: Me las llevaré a mi estudio para tomarme todo el tiempo del mundo.

Las primeras sombras de la noche envolvían ya el cementerio.

—¡Date prisa, primito! Esta losa está fría como un muerto.

John se olvidó de sus besos voluptuosos en el pie de Cynthia y con la misma mano que lo había tomado, tras llevarla al interior de la chaqueta, extrajo algo… un utensilio raro que brilló aceradamente dentro de la penumbra que acunaba la necrópolis.

Ella, apoyándose en los codos para alzar levemente el tronco, preguntó:

—¿Qué es eso, John?

—Una sierra, pequeña —repuso con la mayor naturalidad—. Una sierra…

Aquel estremecimiento que Cynthia había experimentado segundos atrás cobró vigencia. Con voz rota, patética, inquirió:

—¿Para qué… para qué necesitas ahora una sierra?

John Cárdenas con ojos brillantes, inyectados en sangre, contestó:

—Para… llevarme tus piernas.

Un cañonazo de estupefacción alteró los músculos faciales de Cynthia Houseman.

—¡Pero…! —estalló con mueca de espanto—. ¿Qué estupideces estás diciendo?

Sabía en su interior que no se trataba de ninguna estupidez.

John le acercó la sierra a los ojos.

—Voy a cortarte las piernas… A la altura de las ingles.

—¡No, John, por Dios! Deja de asustarme, te lo suplico. Si lo que pretendes es vengarte por lo de entonces, si deseas humillarme… ¡Juro que lo estás consiguiendo! Te pediré perdón de rodillas. Seré yo, ahora, la que bese tus pies. Harás conmigo lo que quieras. Pero… ¡Por favor!

—No… De veras que no, querida. No pretendo humillarte. Ni siento el menor deseo de que beses mis pies. Quiero, sencillamente, llevarme tus piernas. Y para esto, compréndelo, he de amputártelas.

Ella reptó por encima de la losa tratando de huir. Intentó saltar a tierra y echar a correr con toda la velocidad que le permitiesen las piernas que él quería cortarle.

John cayó sobre ella como un loco, mutada ahora la perfección expresiva, con ojos estrábicos, rostro encendido, labios apretados en mueca siniestra…

—¡Quieta, maldita bruja! —gritó—. ¡Quieta!

Empezando a golpearle la cabeza, cuyo cuello sujetaba con una mano, apretándolo, contra la sepultura.

—¡QUIETA!

Los aldabonazos que la nuca de Cynthia propinaban sobre la piedra, sonaron como macabros chasquidos con la sonora elocuencia de la locura. La locura que Cárdenas ponía en su febril acción.

Golpeando sin cesar. Golpeando como un fanático homicida. Con furia. Con saña. Con desesperación. Con necesidad. Con… placer.

—¡¡QUIETA!!

Sangre.

La sangre apareció por debajo del cuerpo de la mujer comenzando a teñir la piedra de rojo, sin que por eso John cesara en su macabro quehacer. Sin que reprimiese su furor asesino, mientras seguía bramando una y otra vez:

—¡¡QUIETA!!

Cuando ya el bello rostro de Cynthia no pasaba de ser una máscara violeta, asomando por la comisura de los labios, perdida la sensualidad, borbotones de espuma grisácea, el joven detuvo su delirante acción para exhibir de nuevo la sierra frente a los ojos vidriosos de ella mientras, como si pudiera oírle, le explicaba:

—Ahora, pequeña, te las cortaré. Para poder pintarlas tranquilamente en mi estudio. Y cuando sienta deseos de ti, besaré tus pies. Será rápido, Cynthia. Ya lo verás. No… No te causaré el menor daño.

Se integró entonces en la parte más horrenda de la tarea que se había impuesto al llevar hasta allí a su prima, empezando con torpe delirio a cercenar la pierna izquierda.

El zumo de la vida brotó escandalosamente con toda su rojez, salpicando manos, ropa y rostro, de aquel obseso que con la otra mano limpiaba la cara de los chorros de sangre que nublaban su visión impidiéndole fijarse en su dantesca epopeya.

Un auténtico océano sangriento se repartió encima y debajo del cuerpo exánime de la morena, acabando por semejar un sudario rojo que cubriera la losa de piedra. Al fin, Cárdenas se quedó mirando ambas piernas con asombro, como sorprendido por el hecho de que se hallaran separadas del cuerpo.

—¡Cynthia…! ¡Cynthia querida! ¿Cómo… cómo ha podido suceder? ¿Por qué? ¿He sido yo? ¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser! ¡No puedo consentir que te quedes sin tus maravillosas piernas! Espera… Espera. Voy a intentar arreglarlo.

Así hablando y convencido de que ella le oía, John Cárdenas tomó ambas extremidades por los tobillos empujándolas hacia arriba, pretendiendo encajarlas en las respectivas ingles de donde acababa de cercenarlas, apretando furiosamente, apretando con rabia y desesperación, con furor. Con idéntico furor empleado al amputarlas.

—¡Oh no, no…! Tienen que volver a quedar como estaban. ¡Tengo que pegárselas a toda costa! Para que vuelva a andar… A lucirlas en todo su esplendor.

Entonces, ante el espanto de John, el tronco de Cynthia Houseman se irguió sobre la sepultura y sus labios amoratados cubiertos de roja y viscosa película, pronunciaron con eco

cavernoso, lejano, como de ultratumba:

—El mal que acabas de hacer no puedes repararlo. Tu locura acaba de condenarte para siempre… PARA SIEMPRE.

—¡No! ¡Eso no es posible! Un mal se repara con un bien y voy a devolver tus piernas adonde estaban. Ahora verás…

De nuevo se empecinó en el extraviado afán de empotrar la parte superior de aquellas extremidades, que se tornaban gélidas por momentos, contra las ingles sangrantes de Cynthia.

—Mis piernas te perseguirán día y noche por este mundo hasta que te echen fuera de él, hasta que te sepulten en los insondables abismos del mal…

Crispado, ciego de furor, arañándose la cara con sus manos impregnadas de rojo, gritó, aulló como un poseído:

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!

Silencio.

Estalló un diluvio de silencio en cuyo interior John Cárdenas, ensangrentado, enloquecido, desesperado, empezó a contorsionarse encogiéndose en tierra hasta que de su garganta enronquecida brotó otro alarido espeluznante:

—¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

Luego, se dobló en trágica postura quedando inmóvil.

Segundos después…

—¡Noooooo!

John Cárdenas pegó un brinco en el lecho apartando las sábanas violentamente, sentándose, buscando a tientas la luz de la mesita de noche, con mano agarrotada y temblorosa a la vez, notando su cuerpo envuelto en un inquietante sudario de agua.

Le dolían las sienes como si se las estuvieran aplastando entre dos compuertas de acero, sentía profundos y lacerantes pinchazos en lo más íntimo de su cerebro, tenía la garganta seca y un nauseabundo gusto a sangre en el paladar.

—¡Dios mío! ¡Otra vez esa maldita pesadilla! Ésas… ¡Esas malditas piernas que desearía haber cercenado de verdad! ¡Oh, pero…! ¿Qué locura estoy diciendo?

Saltó de la cama para dirigirse al cuarto de baño con movimientos inseguros. Abriendo el grifo de agua fría a tope se

metió bajo el chorro helado buscando el alivio, el bálsamo que reconfortase, cuando menos, su cuerpo maltrecho y sudoroso. Pensando que su espíritu atormentado encontraría beneficio bajo aquel frío diluvio… Un espíritu que necesitaba de la paz si no quería que al fin su equilibrio se rompiera del todo y la locura de los sueños trascendiera a una locura real, completa.

Decidió que al día siguiente hablaría con Cynthia. Desde hacía tiempo ella también había alquilado un apartamento en San Francisco. Ignoraba el por qué, ya que se veían muy poco, y estaba seguro de que ahora, más consecuente y madura, no tendría inconveniente en ayudarle.

CAPÍTULO 4

Mark Houseman paseó como una fiera enjaulada por el *living* del apartamento que su hija menor, Cynthia, había rentado seis meses atrás en un barrio residencial de Frisco [1].

Finalmente se encaró con ella, que estaba derrumbada en el sofá dentro de un pijama que al padre se le antojaba procaz e impropio de una señorita que había recibido la mejor educación, diciendo:

—Has sorprendido mi buena fe, pequeña.

—¿De veras? —se desperezó como una gatita en celo.

—Sabes bien que sí —Houseman miraba a su hija con rabia apenas contenida. Añadió—: Me dijiste que querías estudiar *ballet* y yo me pregunté para qué coño necesitaba…

—¡No seas grosero, papá!

—… aprender eso la hija de un millonario, del más importante de los exportadores frutícolas de la costa de California. Tu madre, que es más tonta que un zapato y más crédula que un recién nacido, me dijo que estabas en tu derecho de tener una afición, un *hobby*. Algo que llenara tu vida.

—Cierto, papá. Mi vida estaba muy vacía y…

—¿Qué sabes tú de vidas vacías… —la cortó de mal humor, imperativo—, o llenas? Yo había… Yo he programado la tuya conforme es mejor para tu felicidad y tus intereses.

—Querrás decir los tuyos, ¿verdad, papi?

—¡Mierda! —tronó desabrido, perdida por completo la compostura—. ¡No me interrumpas más! ¿Así que *ballet*, eh? ¿Y es ese periodista muerto de hambre, el tal Kanaly, quién te da las clases? En la cama supongo, ¿no?

Ella fingió escandalizarse.

—¡Papá!

Casi se tiró encima de ella con la derecha levantada.

—¿Es que me tomas por idiota, Cynthia? Viniste a San Francisco para vivir a tu manera, para vivir escandalosamente al margen de la moral y las buenas costumbres que se te habían enseñado. ¿Crees acaso que ignoro tus andanzas?

—¿Qué sabes tú de esas *cosas*, papá? ¿Entiendes acaso de algo que no sean acres de tierra, cajas de fruta y millones en el banco?

—¡Entiendo de decencia, estúpida!

Ella soltó una risita apagada.

—Si tú lo dices…

Él se echó las manos a la cabeza.

—Estamos perdiendo el tiempo con palabras vacías. Óyeme bien, Cynthia… Escúchame con atención. No me importa… ¡Sí que me importa, diablos! Quiero decir que voy a olvidarme de todo lo que has hecho hasta ahora en esta endemoniada ciudad. Pero me preocuparé y mucho de lo que hagas a partir de este momento.

Le miró desafiante.

—¿Olvidas que soy mayor de edad?

—Por años puede, pero por criterio y sentido común… Mira, Cynthia, tienes un mes a contar desde ahora para regresar a casa y contraer matrimonio con Chase Fowler. Si no te casas con él, ¡juro que te dejaré sin un centavo! Es más, si echas por tierra los proyectos que he venido estructurando a lo largo de años, ¡soy capaz de matarte!

—¡Huy, que miedo!

La bofetada restalló como un pistoletazo y la cabeza de la preciosa morena fue de un lado para otro como consecuencia del violento castigo que ella estaba recibiendo.

—Otra falta de respeto, otra… —Mark Houseman, colérico, fuera de sí, masticaba las palabras—, y te pego la paliza que debí darte cada año desde que cumpliste los cinco hasta hoy. ¿Me entiendes?

La joven, rojas las mejillas, apretando las mandíbulas más por la rabia que por el dolor, masculló con odio:

—No debías haberlo hecho, papá. No…

—Sé algunas cosas de ti que no te gustaría fuesen motivo de cuchicheo entre tu círculo de amistades, Cynthia. Piénsalo bien. No me obligues a dar publicidad a lo que entiendo debe quedar en el más callado anonimato.

—¿Qué sabes tú de mi vida privada, eh?

Mark Houseman la miró a los ojos con penetrante fijeza antes de decir:

—Mucho más de lo que tú desearías.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Te sorprendería saberlo. Créeme.

—No. Sé que estás mintiendo.

—Te equivocas. Pero estoy dispuesto a no acordarme jamás, JAMÁS, si te casas con Chase. Renuncia a todas esas porquerías, a lo que llamáis placeres del sexo, ¿entiendes?

»Un mes, recuérdalo bien. Treinta días. Te los concedo para que pongas en orden tus ideas. Pasados éstos, te quiero de vuelta a casa con traje de novia incorporado y un SÍ muy grande en la boca para Chase Fowler. Adiós, pequeña.

Salió del apartamento, sin pronunciar más palabras, dando un portazo.

Cynthia no se movió del sofá. Su rostro de bonitas facciones empezó a temblar tímidamente al tiempo que gruesas lágrimas resbalaban en silencio de sus ojos negros.

CAPÍTULO 5

Después del brusco diálogo sostenido aquella mañana con su padre y de lo mucho que sus amenazas venían a complicarle la situación, casi se alegró de recibir a última hora de la noche la visita, inesperada por cierto, de su apocado primo John.

Le recibió con amabilidad.

Iba envuelta en un largo camisón blanco, vaporoso, bajo el cual su exuberante y explosiva naturaleza en total libertad, permitiendo que trascendiera al exterior con cierta nitidez el furor lúbrico de sus pechos enhiestos de ágil y excitante arqueado… Su atractivo y el poderío sexual de aquel cuerpo voluptuoso cobraban mayor fuerza y esplendor que si se hubiera exhibido totalmente desnudo.

Porque detrás de la crujiente prenda vivían un millón de paradisíacas insinuaciones.

Nada hizo Cynthia por *remediar* todas aquellas sugerencias frente a los ojos de John. Si acaso, evolucionó de forma y manera que todo se hiciera más patente.

Asfixiado por el impacto que representaba la presencia de su prima en la intimidad y desbordado por el caos que la carne de Cynthia acababa de crear en su pensamiento, necesitó más de una hora para coordinar ideas, ordenarlas, y darles forma a través de una narración que, en muchos puntos, resultó incoherente pese a su esfuerzo.

Mientras le oía, indolentemente retrepada en el sofá luego de obligarle a que se hubiera puesto a su lado —John, en principio, había insistido en sentarse en la butaca de enfrente—. Cynthia tomó entre las suyas la diestra de él, notando el temblor que le hacía zozobrar al contacto de su piel tersa y suave.

—John, sigues siendo el masoquista reprimido que ya eras a los doce años.

Él, boquiabierto, con estupor, articuló:

—¿Ése… ése es todo el consuelo que puedo esperar de tus labios?

Sonrió, pérfida como antaño, susurrando:

—No… No, tonto. Una mujer como yo tiene deliciosas maneras para consolar a un hombre guapo, joven y apuesto como tú. Aunque sea un pobre de espíritu.

Por unos instantes, John se rebeló a la sumisión y vasallaje que siempre había protagonizado delante de ella.

—¡Tú eres la culpable de mi quimera… tú! Te burlabas de mí, me humillabas y acabaste traumatizándome. Y ahora, soy incapaz de controlar mi propia identidad, de situarme en la órbita sexual que me corresponde. De ser hombre, totalmente hombre en esa faceta. Y como es algo tan ligado a la psiquis, mi cerebro está por completo desordenado. Lleno de angustias y complejos.

—Estás en un error, John. Yo no soy culpable de nada. Me limité a divertirme poniendo en evidencia tu debilidad psíquica, la imperiosa necesidad que sentías de verte sometido, dominado por alguien más fuerte que tú.

—¿Y crees que soy culpable de *eso*? ¿Puede responsabilizárseme de ser como soy?

—Pregunta complicada a la que supongo debe corresponder una respuesta más complicada todavía.

—No me creo facultada para ofrecértela —seguía acariciando la diestra del hombre que, por dos veces, había intentado retirarla. Dijo, pareciendo sincera—: Aunque tengas un mal concepto de mí, estoy decidida a ayudarte.

Una tenue sonrisa iluminó las bien dibujadas facciones de John llenas de dulce atractivo, delicado como seguramente correspondía a un artista, pero exento de la arrolladora varonilidad que las mujeres agradecían más, en un hombre, que la pureza de sus rasgos.

—¿De veras?

—Sí. Porque de alguna forma me siento un poco culpable de tu tragedia. Puede que aquel día en el cementerio, y otros muchos que siguieron, sin ser demasiado consciente de lo que hacía y en mi afán por burlarme de ti, marcase tu futuro abriendo una huella, un surco en tu débil psique. Y he pensado algo que estoy segura de que te gustará.

—¿Qué?

—Quizá si haces el amor conmigo, plena y libremente, se romperán esas absurdas angustias, esa rigidez represiva que vive en tu subconsciente.

—Suponiendo que todo eso sea cierto, ¿te acostarías conmigo lo mismo que si me estuvieras administrando un fármaco para la psiquis?

Cynthia estalló en carcajadas que esta vez no tenían matices burlones.

—¡Pero qué original! O que morboso… No, John. Me acostaré contigo porque lo necesitas físicamente hablando. Y… porque me apetece, ¡narices!

Un suspiro de esperanza tembló en la boca del hombre al preguntar:

—¿Es cierto eso, Cynthia?

Ella se adelantó, cogiéndole por sorpresa para sepultar su boca en la de él, mordisqueándole cariñosamente los labios.

—¡Claro, bobo! ¿Es que no te miras en el espejo? Como hombre te deseo… ¿Ganaría algo con mentir? Es la verdad, John. Luego te diré quién puede cuidarse de sanar tu cerebro con garantías. La terapia del espíritu es muy compleja, pero hoy en día los psicoanalistas hacen maravillas. Hazme caso y visítate con quien te diré, porque en esa parcela necesitas ayuda de la buena. De un auténtico profesional. Si no lo haces así, acabarás víctima de una paranoia. Y esta vez, John, la amenaza no será un internado: será un manicomio. Pero dejemos eso, ¿eh?

—Sí…

Cynthia se puso en pie desperezando su cuerpo mitológico en el interior de aquel envase transparente que excitó el deseo contenido de John. Que avivó aquel mundo reprimido de complejas vivencias que alimentaba siempre su subconsciente.

—No soy una experta cocinera… —anunció, mientras caminaba pasillo abajo con diabólico contoneo de sus glúteos rotundos—. Bueno, la verdad es que la cocina se me da fatal. Pero puedo preparar un par de bocadillos. ¿Qué te apetece?

—Bueno… —Se mordía el labio inferior—. Cualquier cosa.

—¿Una tortilla? —Se revolvió sonriente viendo el cabezazo de asentimiento de John. Invitándole—: Anda, ven. Lo tomaremos en la cocina mismo. Y entre bocado y bocado charlaremos de otras

cosas. Será muy agradable.

Era una pieza amplia y confortable con una mesa de fórmica en un extremo, en la que se acomodaron para engullir los bocadillos regados con un par de cervezas. Hablaron de temas intrascendentes hasta que ella preguntó:

—¿Cómo van los cuadros, John?

Se encogió de hombros engullendo el bocado que tenía entre los dientes.

—No todo lo bien que yo desearía, pero tampoco puedo quejarme. El problema está en que cuando no eres una firma cotizada has de fiarte de los intermediarios, ¡y esos tíos te chupan hasta la sangre! Pero voy vendiendo, que, a fin de cuentas, es de lo que se trata.

—Me alegro. A los doce años pintaste mis piernas con un estilo que nadie podrá mejorar. ¿Qué pensarías si te dijera que aún guardo aquella lámina?

—¿De verdad? —La miró con ojos llenos de luz y alegría.

—¿Es que no vas a creer nada de lo que te diga? Empiezas a cansarme, John.

—Perdona…

—Esta mañana ha venido a verme mi padre —anunció Cynthia.

—¿Qué opina de tu estancia en Frisco?

—¡Búa! Echa pestes. Hoy se ha puesto duro como nunca. Verás, quiere que vuelva a San José…

Le refirió con detalle el diálogo mantenido entre ella y su padre.

—¿Qué piensas hacer?

—Mi vida me pertenece y ni él ni nadie va a programármela. Sé que hace días me ha colgado a la espalda un *private eye*. Un tal Hansford Grant… Uno de esos tipos que se lo pasan pipa revolcándose en el fango para luego airear trapos sucios y porquería.

John miró a su bella prima con intensidad. Preguntando con voz ronca:

—¿Puedo ayudarte? Si ese tipo te molesta demasiado, yo…

Ella le acarició la mano y dijo:

—Tranquilo, John. Olvídalo. Es un problema que he de solucionar yo —habían terminado los bocadillos y ella preguntó—: ¿Te apetece un café?

—¡No! Bastante me cuesta conciliar el sueño…

—¡Ah! ¿Pero es que piensas dormir mucho esta noche?

—No… A tú lado, Cynthia, lo que menos me apetece es dormir.

—Entonces… —Alzándose de la silla, tiró de un brazo de John llevándolo fuera de la cocina—, ¡vamos a tomar un baño! Lo hago cada noche antes de acostarme. El de hoy será fabuloso porque tengo unas manos suaves que me van a enjabonar de pies a cabeza.

Al tiempo que corría la cortina de plástico que aislaba la bañera del resto del cuarto de aseo, Cynthia, con maquiavélicos y pausados movimientos, se despojó del camisón haciendo que él tomara conciencia de lo que pretendía.

La prenda crujió con suavidad al arrugarse sobre sí en tierra y John se quedó sin respiración, henchido el tórax agitadamente, al contemplar la cruda hermosura de aquel cuerpo sensacional.

Inmóvil y de perfil, Cynthia era el colmo de la excitación.

Su naturaleza, pura filigrana. El auténtico furor de su sexualidad radicaba en la pujante explosión de sus pechos erguidos y agrestes, suaves en el arco y firmes en el trazo. Unos pechos pícnicos llenos de encanto y exentos de vulgaridad, en punta, que denotaban el fuerte temperamento erótico de ella. Su condición de hembra apasionada en el juego del amor.

—Desnúdate —musitó.

Lo hizo con bastante torpeza sin poder evitar que una pincelada de rubor sombrease sus facciones cuando ella lo enlazó por la cintura y ambos se adentraron en el baño. Cynthia insinuó una vez más sus pechos poderosos esperando que él retozara sus agrietados pezones.

CAPÍTULO 6

John, sin embargo, fue encogiéndose dejando resbalar sus manos por los muslos pictóricos de la hembra al tiempo que murmuraba:

—No puedo… No puedo evitarlo. Necesito…

—¡No, John! —exclamó ella autoritaria—. Eso se acabó. Quiero que me tomes como un hombre. Deseo ser yo… Necesito que seas tú quien me someta… —Le obligó a levantarse, besando su boca con frenesí y apretándose furiosamente contra él hasta que le contagió todo el vital ardor de su cuerpo. Luego, jadeando, suspiró—: Así, así… ¡Abrázame hasta asfixiarme!

Allí, en aquel reducido espacio, John Cárdenas la tomó por primera vez. La poseyó con trémula lascivia. Después y ayudando a envolver aquel cuerpo de locura en una esponjosa toalla, la llevó en brazos hasta el dormitorio. Tendidos ya en la cama, consumieron lánguidamente unos pitillos.

—¿Has sido feliz, John?

—Eso mismo iba a preguntarte yo a ti.

—Mírame a la cara y encontrarás la respuesta.

Lo primero que «leyó» en su rostro precioso fue una expresión de serenidad que aumentaba la belleza de sus facciones. Estaba más hermosa que nunca.

—Hacer el amor te sienta de maravilla. Pareces un ángel.

—Ya sabes entonces cómo me siento, ¿no?

—Sí… Cynthia —había temblor en la voz. Le costaba, pero al final engarzó la pregunta—: ¿Soy… soy lo bastante hombre para ti?

—¡John! ¿Qué tonterías preguntas? —Se dio media vuelta para besarlo en la boca—. ¡De los mejores que he *conocido*!

—Antes has hablado de alguien que puede ayudarme en el terreno psíquico…

—La doctora Harding. Penélope Harding. La psicoanalista de mayor prestigio, actualmente, en todo California. Mañana te daré su

tarjeta… No dejes de acudir a consultarla. ¿De acuerdo?

—Lo haré. Te lo prometo.

—John…

Él aplastó su cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche.

—¿Qué?

—Tengo frío… —Dio otra media vuelta volcándose contra él, aplastándolo bajo su naturaleza de fuego—. Tengo mucho amor… ¿Quieres un poquito?

La voz de Cárdenas sonó como un graznido animal, primitivo:

—Sí… sí —y la estrechó furiosamente entre sus brazos—. ¡Sí!

Se despertó, sobresaltado, temiendo con verdadera angustia que todo aquello, la fascinante realidad vivida horas antes, fuese una vez más el producto de su represión traducido a un simple sueño.

Que a pesar de todo resultaba maravilloso.

No… La acompasada respiración de Cynthia durmiendo a su lado plácidamente fue la más elocuente respuesta a sus dudas.

Desnuda, sensacionalmente despernada, luciendo con placidez aquel cuerpo sensacional que transpiraba sensualidad y excitación, su prima estaba más apetecible que nunca.

Deseable hasta la locura.

John contuvo el aliento por temor a despertarla mientras la contemplaba con una reverencia sobrenatural, adorándola en silencio, deseando… ¿Qué era realmente lo que deseaba? ¿Aquello que Cynthia, aquel día, precisamente le había negado?

Procurando no hacer ruido, se fue deslizando hacia el fondo del lecho luego de doblar su cuerpo con dificultad en el afán de no despertarla, hasta que sus labios quedaron cerca, muy cerca, de los pies desnudos, tersos, hasta fragantes, que se agrandaban ante sus ojos como símbolo de la obsesión que le perseguía desde los doce años.

Luego de mirarlos con jadeo difícilmente contenido, despacio, recreándose en la autotortura que para él representaba tardar en alcanzarlos, puso su boca encima de uno de ellos para besarlo con enfermiza veneración.

Conforme sus labios devoraban aquella piel suave, que parecía de seda, John notó crecer su excitación hasta cotas desordenadas… Con la sed del extraviado en un desierto seguía besando con dulce atropello, emborrachándose con el tenue efluvio de su agradable

transpiración.

Un ronquido le brotaba del pecho conforme la respiración se agitaba a impulsos del frenesí y al fin, vencido, se tomaba la justicia por su mano para alcanzar la libertad de su encarcelada pasión.

Cuando obtuvo el solitario placer, jadeante, casi asfixiado, se dobló, exánime, con la boca pegada a aquel terso objeto de carne, causa y efecto de su confuso mundo sexual.

Hubieron de pasar largos minutos antes de conseguir reencontrarse con la realidad, regresando a su postura inicial.

A tientas, recorrió con los dedos la superficie de la mesita de noche en busca del paquete de cigarrillos, sin hallarlo.

Abrió el cajoncito recorriendo su interior con mano torpe mientras la cajetilla seguía resistiéndosele, y lo hizo con tal nerviosismo que desparramó en tierra el contenido del mismo. Se maldijo interiormente al tiempo que sus ojos buscaban el rostro de Cynthia que, profundamente dormida, seguía del todo ajena a lo que sucedía junto a ella.

Bajó de la cama para recoger los objetos que acababan de esparcirse sobre la alfombra. Lo hizo deprisa y en silencio, alertando su curiosidad aquel sobre rectangular, característico de los laboratorios fotográficos al entregar al cliente el negativo revelado así como las reproducciones.

Lo abrió, extrayendo del interior varias cartulinas tamaño 10×15, las cuales acercó al radio de luz de la lamparita que, tras envolver con su pañuelo para que limitase la expansión luminosa, había encendido.

Era Cynthia.

Disfrutando por lo que podía verse de un día de asueto, encaramada a diversas máquinas de un parque de atracciones… Autos del choque, caballitos; subida en uno de éstos saludaba con la diestra a la persona que estaba tirando la foto… Látigo, noria, platillos volantes… Luego, en las dos últimas, Cynthia estaba con otra mujer joven, aunque quizá mayor que ella, sonriéndose ambas, abrazadas con aire divertido compañerismo, mirándose muy fijamente a los ojos. Los de su prima brillaban todavía más en aquellas dos fotos finales, que en la propia realidad.

Era, quizá, un brillo extraño. Revelador… Revelador, ¿de qué?

Apagó la luz devolviendo el sobre a su lugar de origen y encontrando por fin los cigarrillos. Prendió uno, cuyo humo saboreó fruiciosamente mientras, una vez más, se perdía en los confusos pensamientos que poblaban su psique.

Penélope Harding, psicoanalista.

Sí. Cynthia tenía razón. Necesitaba urgentemente ayuda médica para ordenar el caos reinante en su cerebro.

Por la mañana, Cynthia se lo dijo sin rodeos:

—Esas manchas revelan que al fin, has sucumbido a tu debilidad, ¿no? Ha sido mientras yo dormía, ¿verdad?

Eludiendo la mirada de aquellos ojos penetrantes, susurró:

—Perdóname.

Estaban tomando café en la cocina. Ella, renunciando a profundizar en el tema, le tendió una tarjeta de visita, diciendo:

—Aquí tienes las señas de la doctora Harding.

—Gracias —la guardó en un bolsillo de la cazadora *beige*. Anunciando—: Tengo que marcharme, Cynthia. Verás… no sé cómo decírtelo.

Ella besó la punta de sus dedos y los puso en la boca de John.

—No digas nada. Será lo mejor.

—Fascinante, Cynthia. Ha sido una experiencia fascinante.

—Al menos que sea para… Quiero decir que tras esta sesión de terapia sexual quizá tu obsesionante pesadilla se desvanezca de una vez por todas. No deseo que me cortes las piernas, ¡ni tan siquiera en sueños!

Se besaron en los labios mientras caminaban hacia la puerta.

Justo cuando John había accionado el tirador para abrirla, alguien al otro lado oprimía el timbre.

El joven pintor trajo hacia sí la hoja de madera y al contemplar, reconocer la persona que le miraba con igual o mayor sorpresa desde la parte de fuera, abrió la boca con labios trémulos, exclamando:

—¡Tú…! ¿Aquí? —Miró a Cynthia—. ¿Qué tiene que ver él contigo?

Por una sola vez fue ella quien rehuyó la sorprendida mirada de John.

Ella le explicó:

—Verás, me olvidé de decírtelo. Papá, en uno de sus arranques, lo echó a la calle. Yo lo he tomado a mi servicio. Es un poco mi criado, mi guardaespaldas y un mucho mi consuelo cuando escucha, en silencio, confesiones que a nadie me atrevería a hacer.

—No me gusta, Cynthia. No…

Stein, que con el paso de los años había visto incrementada su horrible fealdad, masculló algo entre dientes soltando un sonoro bufido.

—¿Por qué no te gusto, John? Cuido de ella… Estoy a su lado para evitar que nadie le cause mal alguno.

Cárdenas creyó entender que el último párrafo pronunciado por el convulso y repulsivo Jock Stein era una alusión indirecta a su persona.

¡Bah! Aquel ser era demasiado torpe y zafio como para…

—Olvídalo, Jock. Simplemente me ha sorprendido verte —le dio otro beso a Cynthia, acariciando sus mejillas para despedirse al fin con un escueto—: ¡Adiós!

—Suerte, John. Y no olvides visitar a Penélope… a la doctora Harding —después mirando a Jock Stein de una manera peculiar, muy sugerente, preguntó con insinuante ironía—: ¿Es que no vas a pasar?

CAPÍTULO 7

La estancia, cuyo mobiliario sencillo y clásico la definía como una vulgar oficina, estaba sumida en la oscuridad a excepción hecha del círculo que la bombilla envuelta en una pantalla cónica de brazo graduable, bañada con su luz.

Debajo, una máquina de escribir modelo anticuado asentada sobre la superficie de una mesita con ruedas, y en el carro de aquélla, enroscado, un folio en blanco entre el que un hombre meditaba con expresión dubitativa.

A Hansford Grant le costaba una enormidad redactar cualquier clase de informe. Tras diez años ejerciendo como detective privado no había conseguido aprender a trasladar con soltura sus pensamientos, conclusiones, o las pruebas obtenidas en sus pesquisas, encima de aquella maldita hoja blanca que conforme pasaban los minutos y seguía sin ser emborronada, se le antojaba más odiosa y antipática.

Además, esta vez, el informe de marras se las traía. Él ya le había insinuado a Mark Houseman, aquella misma tarde por teléfono, que quizá sería mejor que le ofreciera verbalmente el resultado de sus investigaciones. Pero el jodido frutero insistió en que fuera por escrito y en un papel donde constase su membrete.

De buena gana, Grant lo habría mandado todo al carajo. Pero no estaban los tiempos como para prescindir de un cliente de la categoría económica de Houseman, que pagaba bien, sin discutir un dólar ni mil.

Todo eso, unido al hecho de no ser un detective con cartel, aunque sí honrado y eficiente, eran la causa decisoria que no mandase nada al carajo y de que, a las once y media de la noche, siguiera al pie del cañón exprimiéndose los sesos en busca de las palabras adecuadas para explicarle al señor Houseman, por escrito, las escabrosas andanzas de su hijita del alma.

—Bueno… —suspiró al fin—. Tendré que poner algo, ¿no?

Dicho esto, y con ademán resignado, puede que hasta decidido, se dispuso de una vez por todas a escribir. Así:

INFORME SOBRE LAS ACTIVIDADES *(íntimas) de* **MISTRESS *CYNTHIA HOUSEMAN,*** *efectuado a instancias de Mr. Mark Houseman, padre de la cuestionada.*

Habiendo sido encargado a instancias del referido Mr. *Houseman en fecha…*

—Bueno… —Se detuvo para leer y releer lo que había escrito—. Creo que es coherente, ¿no? ¡Qué mierda! Si no le gusta, que contrate un escritor.

Con rabia ahora, prosiguió escribiendo, con los dedos índice de cada mano, pero a una velocidad que hubiese despertado la envidia de cualquier mecanógrafa titulada, poblando la estancia con el canto monótono e impersonal de las teclas.

De repente, detuvo la redacción. Alertado por algo… Quizá se trataba sólo de un absurdo quiebro de su pensamiento. Los nervios posiblemente… Pero Hansford Grant respiraba la agobiante sensación de tener alguien a su espalda.

Torció la cabeza…

Al mismo tiempo una mano enguantada retiraba el pisapapeles que descansaba encima de su escritorio; una sólida pieza de hierro que reproducía en miniatura el delco de un coche. Objeto que la mano enguantada alzó, para proyectarlo luego contra la nuca del detective que, de manera intuitiva, se tiró a un lado arrastrando en la caída la mesita que contenía máquina de escribir y flexo luminoso.

Grande fue el estrépito, a consecuencia del cual la bombilla se fundió dejando la estancia sumida en total oscuridad.

Grant soltó un gemido porque la mesa y la máquina habían golpeado contundentes contra su muslo izquierdo, produciéndole un doloroso impacto. Preocupación ahogada no obstante frente a la amenaza que se concretaba en su misterioso enemigo, el cual, lo notaba, estaba girando a su alrededor en busca de la postura idónea para machacarlo.

Escuchó, con desasosiego y temor una respiración entrecortada, inhumana… Un jadeo animal cuyo aliento ronco azotó su rostro como una bofetada siniestra.

—¡Canalla maldito! —graznó aquella voz crispada, gutural—. ¡La has estado espiando! ¡Has profanado su intimidad! Por eso… ¡Por eso vas a morir!

El detective intentó reptar en tierra, ya que su muslo dolorido no le permitía afianzarse en aquella pierna con garantías de recobrar la vertical, pretendiendo escapar a la acción mortífera que anunciaba con sadismo su antagonista.

Nuevamente, máquina de escribir y mesita dificultaron su acción.

Cuando trataba de saltar por encima de ambos obstáculos recibió un violento impacto en la espalda, un brutal punterazo propinado por una bota de puntera afilada, que además de cortarle la respiración le convenció de que acababan de fracturarle más de una costilla.

Hansford Grant, consciente de su inferioridad, trató de revolverse con notable esfuerzo, con terrible esfuerzo, para atrapar la bota si se repetía el cruel castigo. Tanteó con ambas manos en la oscuridad sin hallar dónde aferrarías pero sí encontró la puntiaguda prolongación de la bota incrustada en su rostro. Y lanzó un alarido.

—¡Aaaaaaaag!

Un chorro de sangre brotó de su nariz y boca, y como tragó buena parte de ella un amago de asfixia le hizo toser y convulsionarse, braceando patéticamente al notar la falta de aire en los pulmones.

—Ibas a decírselo a su padre, ¿eh? Ibas a contarle que Cynthia, el amor de mi vida, odia los convencionalismos y vive con libertad la grandeza de su cuerpo… Vive amando y saciándose con él y en él. ¿Era eso lo que ibas a escribir, verdad, cerdo?

—¡Pe… pero…! ¿Quién… —La sangre seguía entorpeciendo su torpe, inconexa oratoria—… es usted? ¿Qué quiere de mí?

—¡Matarte! Impedir que mancilles su nombre con procaces revelaciones. Ella es pura. Cynthia es amor, sexo, frenesí… ¡Es mía!

El jadeo y la agitada respiración se acercaron al rostro ensangrentado de Hansford Grant con tal intensidad, con tan fiera vehemencia, que el detective, olvidándose fugazmente del dolor, sintió glaciales latigazos recorriendo su naturaleza y una sensación de pavor jamás experimentada envolviéndole cual inflexible sudario.

De repente, algo desconocido, helado, cosquilleó en su nuca. Eran una especie de menudos, ariscos dientes, que resbalaban de un lado a otro de su piel. DIENTES…

¡Era el dentado de una sierra!

Ras-ras,
ras-ras,
ras-ras…

¡Cada vez más deprisa!

Aumentando en intensidad el diabólico diapasón conforme aquellos dientes menudos, siniestros, penetraban en su epidermis luego de rasgarla, mordiendo ya su carne, entrando en contacto con tendones y cartílagos…

R
AS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS…

Hansford Grant, vencido, imposibilitado de la menor acción que pudiera librarle de aquel dantesco sacrificio, sintió que su consciencia se iba perdiendo debajo de un viscoso diluvio rojo mientras la sierra avanzaba violenta, despiadada, dentro de su cuerpo con velocidad vertiginosa, con la que sólo una mente diabólica, enloquecida, podía proyectar la mano que la accionaba.

R
AS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS…

Luego el silencio.

Con la oscuridad tachonada de reflejos escarlatas, de brillantes puntos rojizos, de muerte y sangre, de horror…

—Ya no la molestarás más, maldito. Yo me encargaré siempre, siempre, de que nadie le haga el menor daño.

CAPÍTULO 8

La doctora Harding le había recibido con agrado y deferencia, haciéndole sentir de inmediato el contacto afable de su carácter extrovertido, transmitiéndole la simpatía que irradiaba toda su naturaleza.

John Cárdenas tuvo la impresión de que la conocía de siempre.

El interés de la psicoanalista fue en aumento cuando él le dijo que era su prima Cynthia quien le había recomendado visitarla.

Esta vez no se azaró en absoluto. Su locución fue fluida al narrar detalladamente las vivencias oníricas que le atormentaban y lo que suponía el génesis de las mismas.

Al concluir su relato se hizo un profundo silencio entre ambos, roto por la voz suave, acariciante de la doctora, al preguntar:

—¿Ha existido algún otro sueño que considere ligado, tanto por su *contenido latente* como por el *contenido manifiesto* del mismo, con el *leit motiv* de su preocupación?

—Temo no entenderla, doctora.

—Bueno —ella sonrió agradablemente—, deberá perdonar mi lenguaje técnico. Se trata de una especie de deformación profesional. Los psicoanalistas, al referirnos a los sueños, denominamos *contenido latente* al resultante de su interpretación analítica. Y *contenido manifiesto* al sueño en sí, tal como aparece en nuestro recuerdo.

—Ya… Pues sí. Creo que sí, doctora. He tenido en un par de ocasiones otro sueño relacionado con Cynthia.

—¿Quiere explicármelo, por favor?

—Sí, y espero saber hacerlo de una manera que resulte, digamos, «inteligible».

—Tranquilo. Usted explíqueme lo que ha vivido en ese sueño y yo trataré de identificarlo.

—Verá… He soñado que pintaba el «Nacimiento de Venus»,

lienzo que se debe en realidad a un maestro renacentista llamado Sandro Botticelli. El cuadro, en mi sueño, es idéntico al original, con la salvedad de que Venus está incompleta, sólo veo sus piernas, veo que las acabo de pintar… ¡y sé que son las piernas de Cynthia! Todo eso sucede en mi estudio, donde, a la vez, estoy pintando otra tela. Creo pintarla, ya que realmente se trata de «La vía pública», obra del pintor superrealista francés Paul Delvaux.

Hizo un breve alto, carraspeó mirando de soslayo a la doctora, para proseguir acto seguido:

—Ese cuadro representa una mujer de formas contundentes tendida en la calle sobre una especie de sofá, totalmente desnuda, con expresión de indiferencia hacía cuánto la rodea. A su entorno hay tres mujeres más en las que quiere reflejarse unas alcahuetas, ataviadas con largos vestidos negros que las cubren desde el cuello hasta los pies, con enormes lazos morados a la altura de la nuca. Se obtiene la sensación de que la están ofreciendo a la impúdica lascivia de aquellos viandantes que se interesen por obtener placer carnal en su compañía. Eso es todo a grandes rasgos, doctora.

De nuevo la psicoanalista se hundió en un largo y meditativo silencio.

John Cárdenas aprovechó la abstracción de Penélope Harding para escudriñar su rostro y hubo de reconocer que, desde la vertiente artística, aquella mujer sería una modelo excepcional. Porque su belleza tenía unas raíces asombrosamente puras. Desde los matices rubio cenicientos de sus largos cabellos de seda hasta el toque de madurez escarlata que ponían los labios sensuales de su boca carnosa en el óvalo del rostro, pasando por los reflejos irisados de sus luminosas pupilas, grandes, de tonalidad ámbar que no acababa de definirse, y el estallido sereno, majestuoso, de su nariz perfilada de trazo tan exquisito como perfecto.

Alzó la cabeza de pronto sorprendiendo el éxtasis contemplativo de John.

—¿Le parezco bien? —inquirió sonriendo.

—Me parece usted perfecta, doctora. ¡Oh… —Se puso rojo como la grana—, perdone! He querido decir que me encantaría pintarla.

—Hablaremos de eso, señor Cárdenas. Ahora, por favor, quisiera que me definiese de una manera profesional lo que es el Renacentismo.

El muchacho sonrió con amplitud, como si agradeciera la oportunidad de ofrecerle una muestra de sus conocimientos pictóricos.

—Podemos decir —anunció—, que en esencia, el Renacentismo fue una actitud nueva del hombre frente al mundo que lo rodeaba y un deseo en sus practicantes de reproducir la realidad lo más fielmente posible. Este estilo redescubrió el mundo de la Grecia y la Roma antiguas y las consideró el modelo perfecto que era necesario obtener para hallar otra vez la grandeza de aquella época. Consideraban imprescindible resucitar el arte de la Grecia clásica, basado en el orden y la razón, como únicos medios de llegar a la belleza perfecta.

—Y *eso*, según usted, ¿es bueno? ¿Podríamos decir que encarna el *bien* pictóricamente hablando?

—Sí —afirmó contundente.

—Venus, si no estoy equivocada —siguió diciendo la doctora con su voz de inflexión suave—, era según la mitología romana la diosa de la belleza y el amor, ¿no?

—En efecto. E identificada con la diosa griega Afrodita.

Suspiró tenuemente la psicoanalista antes de preguntar, aseverativa:

—Lo cual, de acuerdo con su ideología, también podríamos considerar como una manifestación del Bien, ¿cierto?

—Sí, desde luego.

—¿Quiere darme ahora su versión sobre el Superrealismo?

John Cárdenas pasó la punta de la lengua entre los labios, humedeciéndolos, al tiempo que se frotaba la barbilla con dos dedos. Luego, dijo:

—Ésa es la doctrina artística y literaria de quienes extreman el realismo. Nació en Francia el año 1924 cuando un grupo de artistas aglutinados en torno al poeta André Bretón elaboraron el «Manifiesto Superrealista», dando a conocer el significado de este movimiento. Al parecer, doctora, esos hombres eran seguidores de las teorías de alguien bien conocido por usted, imagino: Sigmund Freud. Él creía que dentro de la mente humana existían muchos pensamientos e imágenes que el hombre mismo ignoraba y que, en consecuencia, hacía falta explorar aquellas zonas oscuras del mundo subconsciente y de los sueños… —Viendo la expresión divertida de

ella, exclamó—: ¡Eh, no se equivoque! Esto es todo lo que sé con relación a Freud. De lo contrario, como puede comprender, no estaría aquí ahora.

—Tranquilo, John. Cuanto más sepa usted sobre el psicoanálisis y las teorías de Freud, tanto mejor. Pero siga, siga…

—Está todo dicho prácticamente. Los pintores superrealistas se aplicaron en reflejar sobre sus lienzos los extremismos de la realidad, o, dicho de otra forma, la realidad que estaba dentro del cerebro humano e ignorada por el propio hombre.

—Con lo cual, adivino, está usted en completo desacuerdo.

—¡Por supuesto! —exclamó vehemente. Razonando—: Entiendo que desde la perspectiva médica o científica, se haga necesario, como lo es en mi caso concreto, bucear en los abismos ignorados de la mente para sacar a flote vivencias ocultas que justifiquen ciertos desarreglos psíquicos. Pero pienso que esa misma terapia no puede ser en modo alguna trasladada al terreno artístico. El arte, la pintura, es algo que se ve, que se palpa incluso, y que debe apreciarse en función de su propio realismo. Buscar el dorso de esa realidad me parece aberrante.

—¿Emplea el vocablo *aberrante* como sinónimo de la palabra *malo*?

—Desde luego.

—Si *malo* fuese un tiempo de conjugación, ¿cuál sería el verbo, señor Cárdenas?

—Mal —respondió de manera instintiva, soltando la palabra como si le quemara en los labios.

—Pero realmente es apócope y no verbo. Malo… *Mal*. Mal, negación del Bien. Lo contrario del Bien, lo que se aparta de lo lícito y honesto. ¿Comprende adonde pretendo llegar?

Hizo un gesto de duda, pero respondió:

—Algo… Creo entender algo de ese análisis que usted ha esbozado.

Ella le brindó otra de sus gratificantes sonrisas.

—No es un esbozo, es un diagnóstico con todas sus consecuencias —sentenció. Preguntando tras una pausa fugaz—: Esa mujer del otro cuadro, la que está desnuda, ¿tiene en su sueño el rostro de Cynthia?

—Sí… Sí. Había olvidado decírselo.

—Cynthia Houseman es para usted la encarnación de lo bueno y lo malo, del Bien y del Mal. Por eso se le aparece en sueños en ambas facetas. Sin duda, porque la deseó desesperadamente cuando en razón de su edad le habían dicho que un deseo de posesión carnal era malo. De ahí, que necesitando autocastigarse por ese mal que creía cometer con su lúbrica apetencia hacia Cynthia, aceptara implícitamente la humillación que conllevaba arrodillarse a sus pies, besarlos, someterse a sus deseos. Era una forma plástica de redimirse, que fue calando en su inconsciente para acabar confundiendo sus vivencias sexuales impidiendo, que al pasar de niño a adulto en lo físico, lo hiciera de igual modo en lo psíquico. Su psique no ha madurado en este aspecto porque sigue sometido al trauma de entonces. A la duda entre el Bien y el Mal…

—¿Por qué le corto las piernas en ese sueño, doctora?

—Por su afán de liberarse, de escapar definitivamente del Mal, ese Mal que siguen encarnando las preciosas piernas de su prima. Luego, la realidad del sueño le grita desde la sangre que aquél es el auténtico Mal, el que representa la violencia, el horror, y de ahí que desesperadamente intente devolverlas a su estado natural. Todo eso lleva a la conclusión de que usted no consigue situarse en la frontera que delimita ambas conductas. Y cuando al fin muere en su sueño, es que ha conseguido ir más allá de ese Bien y de ese Mal.

—¿Debo entender que mi *libertad* está en la *muerte*?

Penélope Harding clavó sus hermosas pupilas irisadas en el rostro confuso, alterado, del artista.

—Tan mala profesional sería yo si admitiera eso, como lo sería usted de pegarle fuego a una pinacoteca porque algunas de las obras allí expuestas no fuesen de su agrado. El que algo no esté bien no significa que todo esté mal. No, amigo John, no es ésa la solución que el psicoanálisis aporta a su problema. Ni tampoco hacer el amor con Cynthia libremente ha significado la panacea que usted buscaba. Porque después, al final, ha vuelto a ser víctima de su trauma. Pienso que usted y yo, despacio, a través de agradables sesiones de psicoanálisis, hemos de penetrar juntos en el mundo de sus dudas para ir destruyéndolas paulatinamente al recorrer el camino hacia la realidad. La hipnosis, si no es reacio a ese método ni experimenta temor alguno hacia el mismo, podrá ayudarnos mucho en algunos puntos del trayecto. ¿Ha dicho antes que le

gustaría pintarme, no es así?

—¡Desde luego!

—Podríamos empezar mañana, en su estudio. Es necesario que se sienta cómodo y relajado, lejos de la hostilidad profesional que pueda inspirarle mi gabinete. Termino la consulta a las diez… ¿Va bien que nos reunamos a las diez y media?

—Por mí, doctora, es perfecto.

—Olvidemos los convencionalismos, ¿eh? Penélope a secas.

—De acuerdo.

—Pues entonces, vamos a ver si a partir de mañana libramos su subconsciente de la necesidad de cortarle a Cynthia Houseman, aunque sólo sea en sueños, sus preciosas piernas.

CAPÍTULO 9

La tenue y acompasada respiración pertenecía al durmiente.

A la durmiente, para ser exactos.

Pero de pronto y sin que mediara un lapso de transición, aquel tenue respirar se precipitó vertiginosamente, dilatando y encogiendo de manera asombrosa el pecho de la que dormía.

La agitación alcanzó cotas brutales haciendo que el cuerpo de la muchacha se contrajera, incluso, espasmódicamente.

Era sólo el reflejo físico de la angustia asfixiante que en sueños, de súbito, había envuelto a Cynthia Houseman.

Era, más que todo eso, la inconsciente exposición del pánico que ella intuía dentro de la vivencia que en aquel momento estaba alimentando su subconsciente.

Era el terror que le producía el entorno inhóspito, silencioso, terriblemente sombrío, de aquel bosque intrincado y laberíntico de arbustos gigantescos que parecían bajar sus altos penachos hasta ella en absurda pretensión de absorberla…

Bosque por el que acababa de perderse mientras huía despavorida y atropellada a la insania de su primo John que, blandiendo una sierra descomunal, la perseguía con el claro propósito de cercenar sus piernas espléndidas.

—¡John, John…! —gritó—. ¡Haremos el amor otra vez! ¡Mil veces! Pero… ¡No me mates, por favor! ¡NO ME CORTES LAS PIERNAS!

Se detuvo bruscamente, llevando los dedos a la garganta como si quisiera estrangular las palabras y evitar así que su eco aumentara el terror pánico que la consumía.

Pensó entonces que detrás de cualquier tronco podía estar él…

Enrojecidos los ojos, desencajada la expresión, ávido de sangre, anhelando venganza por aquellas escenas vividas en la infancia,

rezumando odio…

Quiso volver atrás, pero al girar quedó consternada al ver, con ojos desorbitados por la angustia y el horror, que entre los árboles, del interior de éstos, por todas partes y rincones del bosque surgían manos, muchas manos, cientos de manos, garras en verdad… Garras de siniestros dedos que pugnaban por impartir sobre ella sus repugnantes caricias.

Caricias de muerte.

Creyó ver entre aquellas manos despiadadas, riendo, batiendo las mandíbulas con diabólica hilaridad, el rostro de John Cárdenas que, como movido por una cámara en plena proyección terrorífica se acercaba, se alejaba, se oscurecía, brillaba, se agrandaba, empequeñecía… Todo ello sin dejar de reír gutural, bestialmente.

—¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA!

Su nuevo intento por huir fue detenido, frenado en seco, por aquellas manos que casi habían conseguido atraparla.

—¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

El grito, alarido mejor, que amenazó con destrozar sus cuerdas vocales fue el detonante que hizo estallar el sueño forzándola, también, a pegar un brinco en la cama, incorporándose.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó sudorosa—. Ha sido una pesadilla. Una horrible…

—Hola, Cynthia.

Los ojos negros saltaron de las órbitas para rebotar en la imagen que le sonreía con sadismo, sentada en el filo de la cama, a los pies de aquélla.

—Hola, Cynthia.

Se restregó furiosa las abiertas pupilas, cerrándolas y abriéndolas en vano intento de borrar lo que suponía residuos de la inquietante pesadilla.

No… Nada de residuos.

Realidad pura y simple.

Era *él*… Era John Cárdenas.

Allí, sonriente.

Sentado.

Con la sierra sobre su regazo…

—He venido a cortarte las piernas, Cynthia. Es necesario que

cercene para siempre ese mal que prolonga tu cuerpo hasta el suelo. ¿Lo comprendes, verdad? Esas piernas obsesionantes tienen que desaparecer. Cuando esto ocurra, ahora, dentro de unos instantes, el mal se borrará para siempre de mi cerebro.

Ni en mil años sería capaz Cynthia Houseman de describir la sensación de horror, de pánico, que tenía metida dentro de sus venas, confundida con la sangre, igual que si fuese un componente activo de ella.

Era el suyo un terror ancestral, indescriptible, ciego…

—Pero esta vez no quiero que sufras. No he podido evitar hacerte sufrir en sueños, pero esta vez no quiero que sea así.

Mientras hablaba, del interior de aquella especie de negro sudario, de capa siniestra que envolvía su no menos siniestra figura animada por la más siniestra y retorcida de las mentes, John extrajo una pistola cuyo cañón quedó rectamente enfilado al rostro de ella.

Con la palma de las manos apoyada en el lecho, Cynthia se aupó alzando sus rotundas nalgas para reptar hacia atrás, hacia la cabecera, en un intento tan infantil como vacío por escapar a la muerte que él, sin alterarse, con la mayor naturalidad del mundo, le estaba anunciando.

—No… —Surgió quedo, apenas audible, de su boca—. No, por piedad.

¡BANG, BANG!

El metálico estallido de ambos disparos llegó a confundirse, como se estremeció la pólvora y la nubecilla anaranjada que los enmarcaba, segundos después de que él presionara, suavemente y por dos veces consecutivas, el gatillo.

Los proyectiles, demoledores, estallaron uno tras otro en el rostro de la muchacha, deshaciéndolo, integrándolo en un confuso y repugnante amasijo de sangre, una especie de pulpa efervescente en la que hervía la carne dentro de su propia sustancia y se fundían los huesos.

¡BANG!

La tercera bala, luego de sumarse a la tarea destructiva de sus predecesoras, no dejó prácticamente nada de aquel rostro bello.

Bueno… Dejó algo, sí. Algo repulsivo e inidentificable.

—¿Lo ves, pequeña? No has sufrido nada. Ya te lo dije. Nada…

Luego, fue hacia ella, quitándole el camisón y distanciando sus

piernas para, tras mirarlas con arrobo y reverencia, empuñar la sierra comenzando a seccionarlas.

Al concluir la satánica tarea envolvió en un amplio lienzo negro las amputadas extremidades dejándolas en tierra, con sumo cuidado, junto al dintel de la puerta.

Después, fue derramando por encima del lecho, alfombra, paredes, cortinas y sobre el suelo, el inflamable contenido de dos botellas. Por último y tras recoger el monstruoso paquete que dejara en tierra, prendió una cerilla lanzándola hacia la cama donde, al instante, se produjo una llamarada cegadora.

Salió precipitadamente de la estancia que, en cuestión de segundos, quedó convertida en una gigantesca antorcha, en una tea monumental que redujo a cenizas cuánto había dentro de ella.

CAPÍTULO 10

Veinticuatro horas después de que Cynthia hubiese recibido sepultura —mejor podía decirse lo que había quedado de ella tras el pavoroso incendio, que según el forense cabía en la palma de una mano—. Mark Houseman, su padre, fue recibido por el comisionado de policía de San Francisco casi antes de que lo solicitara.

Stanley Hurt, espigado y elegante hasta el mimetismo, que cuidaba cualquier detalle de su persona y atuendo con escrupulosa meticulosidad, salió de su mesa de despacho para fundirse en un dramático abrazo, teatral casi, con el más importante productor de frutas de la costa californiana, que allí era todo un personaje.

—¡Cuánto lo he sentido, Mark! —exclamó apretujándolo. Luego, deshaciendo el abrazo, confesó como si le arrancaran del interior del alma, con extraordinaria dificultad, cada palabra—: Imagino lo que estás sufriendo, Mark. Debe ser horrible, sí —señaló una de las dos butacas que estaban por la parte de fuera de su enorme y costoso escritorio, invitando—: Siéntate, por favor. Te lo ruego…

Mark Houseman obedeció.

Pero en su gesto, más que pena o abatimiento, había contrariedad. Rabia. Odio hacia un estúpido destino que se había interferido en el momento menos oportuno para echar por tierra todos sus proyectos.

—Mi hija está muerta —sentenció—, y lo que yo sienta no va a resucitarla. Se trata, entonces, de hacer algo práctico.

El comisionado Hurt, que había tomado asiento frente al industrial frutero, arqueó las cejas al repetir, asombrado:

—¿Algo… *práctico*?

—¿Recuerdas aquel «monstruo» que yo tenía cuidando el cementerio y los jardines?

—¡Toma! ¿Quién se olvida de una cara como aquélla?

—Hace tiempo que lo eché y Cynthia, cuando vino a vivir a San

Francisco, no sé si por remordimiento ajeno o por compasión, lo tomó como criado.

—¿No estarás insinuando…? —apuntó Stanley Hurt.

—No lo que te imaginas —le detuvo Houseman. Añadiendo—: Esta mañana, el «engendro», Jock Stein se llama, ha estado hablando conmigo. Me ha dicho que dos noches antes de… —Se quebró su voz durante unos instantes, reanudando segundos después—: Que mi sobrino John Cárdenas, cuarenta y ocho horas antes de que se produjera la trágica muerte de Cynthia, estuvo pasando la noche con ella. ¡Ya, ya sé que suena a aberración! Pero sé también que Stein no miente y sé, por desgracia, que en lo sexual, mi hija no era… excesivamente cuidadosa. Yo había contratado los servicios de un detective privado, Hansford Grant, para que vigilara las andanzas íntimas de ella y…

Houseman refirió el cómo y el porqué, extendiéndose y profundizando en el asesinato del pesquisa. En las extrañas circunstancias que rodeaban su muerte y que él vinculaba con las investigaciones que estaba llevando a término en torno a Cynthia.

—Según eso, Mark —razonó con toda lógica el comisionado—, a la única persona que podía interesarle la desaparición de Grant era a tu hija, en el supuesto que él hubiese averiguado algo grave relacionado con la conducta de ella.

—Mi hija está muerta y eso la descarta como sospechosa.

—Yo no lo veo así, pero…

—Jock Stein, además de lo que acabo de decirle, me ha referido un hecho que se produjo hace muchos años precisamente en nuestro cementerio familiar. Sorprendió en cierta ocasión a Cynthia y John…

Le narró el suceso.

Luego, se entretuvo hablándole de la condición moral de John Cárdenas, de sus torcidos instintos sexuales, de su perversión y maldad, de todo lo que le vino en boca y más, significando que aquella sucia condición la había heredado del puerco de su padre.

Cuando aquella retahíla de improperios hacia el sobrino de su mujer —había matizado en varias ocasiones que Cárdenas no era sangre suya— ya no encontraron sinónimos en el bagaje cultural de Mark Houseman, dijo, autoritario:

—Tienes que hacer algo al respecto, Stanley.

El comisionado asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien… —Se puso en pie—. Ahora mismo daré orden de que detengan a tú… a John Cárdenas, y lo interroguen convenientemente.

Matizó con énfasis cruel *convenientemente*.

CAPÍTULO 11

El capitán del Departamento de Homicidios, Anthony West, recibió con exagerado protocolo a la doctora Harding.

Ésta no le agradaba.

Sin lugar a dudas porque era un machista recalcitrante y le causaba estupor, y hasta indignación, que una simple mujer pudiese tener tantos títulos.

Envidia también. Y miedo… Porque muchas hembras como aquélla, con inteligencia y carreras, acabarían por convertir el mundo en un absurdo matriarcado.

La mujer, la pata quebrada y en casa. La mujer, a cuidar de los hijos y el marido. La mujer, en la cama y bien dispuesta a complacer a su macho… ¡Qué coño pintaba una mujer recetando medicinas! O como en el caso de aquélla, diciendo qué hombre estaba loco y qué hombre no.

Dominando sus impulsos y ocultando sus lúgubres meditaciones al respecto, forzó una sonrisa al tiempo que ocupaba su asiento tras la mesa, preguntando:

—¿En qué puedo servirla, doctora?

—He venido, capitán —sonrió con tristeza—, para contarle un hecho que tiene importante incidencia en la muerte de Cynthia Houseman.

Sin esperar a que el otro la invitara, Penélope Harding, expuso con todo detalle la visita que le había hecho John Cárdenas.

Puntualizando:

—Si estoy descubriendo parte de lo que puede considerarse un secreto profesional, lo hago, capitán, porque sé con certeza que la vida de John está corriendo grave peligro.

Anthony West, que estaba realmente perplejo por todo lo escuchado, preguntó:

—¿Quiere decir que el asesino de la señorita Houseman

puede…?

—¡No! —rechazó ella, autoritaria. Para añadir—: Estoy diciendo que es muy probable que Cárdenas sea el autor de lo que nosotros consideramos una monstruosidad pero que él, desde su mente débil y enferma, ha considerado que… *que debía hacer*. Y le he dicho que está en grave peligro porque el siguiente paso, será suicidarse.

—¿Por qué?

—Porque cuando descubra la brutal realidad consumada, su proceder inmediato será el de quitarse la vida como castigo a su malvada acción. Antes de venir aquí he hablado con el doctor en psiquiatría Neil Cameron, director del *Municipal Psychiatric Center*, que está de acuerdo conmigo en que el señor Cárdenas debe ser internado inmediatamente…

—Para eso, doctora, hace falta detenerlo y obtener autorización judicial de internamiento. Hace falta esa orden aunque sólo sea para tenerlo en observación.

—El doctor Cameron ya se está ocupando de todo. Usted, capitán, debe detener a John, antes de que cometa una locura irreparable.

—¡Está bien, está bien! —masculló de mala gana—. Si es así…

Un mes después…

CAPÍTULO 12

Las dos mujeres, de una forma instintiva, se habían ido alejando del bullicio y la algazara reinantes en la primera cubierta del «*Flash* Ocean», hasta acodarse en un punto solitario de la amura de estribor, cercana a la proa, desde donde contemplaban, en silencio, las emociones y explosividad de aquellos que desde abajo despedían a sus amigos y familiares brazos y pañuelo en alto…

La emoción contenida de los otros, los que estaban arriba del buque, que correspondían a la despedida con gestos expresivos, con pañuelos junto a los ojos para empujar hacia dentro las lágrimas que se empeñaban en asomar…

Una escena clásica, hasta convencional podría decirse, en la que aquellas dos mujeres renunciaban a participar.

Quizá, porque nadie había acudido a despedirlas al puerto.

Una de ellas, la que parecía mayor en edad, volvió el rostro hacia su compañera para decirle en un tono casi filosófico:

—Éste es el fin de nuestro principio, querida. El primer paso hacia el encuentro de una libertad definitiva. De un mundo nuestro. Tuyo y mío. Un mundo que se regirá por nuestras propias reglas al margen del bien y del mal, porque será un mundo de amor, un mundo de pasión y mutua entrega que nos hará muy superiores a la gente que vive en este otro lleno de miserias, angustias y limitaciones. Dentro de pocas horas, pequeña, empezará de verdad nuestra vida. ¿Te hace feliz, cariño?

La que escuchara en silencio aquel contenido que parecía navegar en el interior de los cauces de una complicada, casi retorcida praxis filosófica, miró a la otra con un fulgor volcánico en sus enormes ojazos negros.

Iluminados por un brillo extraño.

Extraño, sí.

Sólo comparable al brillo que pocas noches atrás John Cárdenas

descubriera en las pupilas de su prima Cynthia al encontrar, casualmente, unas fotografías. Porque era extraño, sí, el brillo que animaba las pupilas de la muchacha al mirar, abrazada estrechamente a ella, a su compañera.

Era un brillo que John había calificado, *in mente*, de revelador.

Revelador, ¿*de qué*?

—Sí, Penélope. Pero hasta que no haya zarpado de San Francisco este cascarón no me sentiré tranquila. ¡Necesito saberme lejos de todo! ¡Muy lejos!

—¿Por qué eres tan temperamental, tan vehemente… *Cynthia*?

Sí, era ella, era *Cynthia*.

La persona que se encontraba a bordo del «*Flash* Ocean» acodada en la amura de estribor junto a la doctora en psiquiatría y psicoanálisis Penélope Harding, era… ¡era *Cynthia Houseman*!

—Porque cuando quiero una cosa la quiero deprisa, al momento. Y ahora, querría que este maldito barco nos hubiera llevado ya muy lejos de aquí.

Penélope acarició con suavidad los largos cabellos azabache de su compañera.

—¿De qué tienes miedo, pequeña?

—De nada… ¡y de todo!

—Tu comportamiento es tan infantil como absurdo, cariño. Estás *muerta*, ¿entiendes? Y a los muertos se les olvida poco después de enterrarlos. Tú, preciosa, ya has pasado a integrar el capítulo del olvido en aquellos que decían sentir algo por ti. Quizá, para el único que sigas siendo una obsesión sea para el alienado de tu primo. Los demás, *¡voilá!*

—No es eso lo que me preocupa, Penélope. Ocurre… ¡Temo que pueda descubrirse todo!

—Eso es imposible —rechazó la doctora con enérgico ademán. Añadiendo—: El único que podía haber desvelado nuestro secreto, Hansford Grant, está callado para siempre. Muerto de verdad, no como tú… Nadie tiene el menor motivo para sospechar nada, cariño. Una vez *enterrada*, porque así estás para el mundo de ellos, tu padre ha tenido que renunciar a sus sueños de perpetuar el imperio de la fruta a través de tu boda con Chase Fowler. Es posible que ahora esté pensando en casar con el hijo de su socio a la

solterona de tu hermana Melissa.

—¡No me extrañaría nada! Papá, con tal de conseguir sus propósitos, sería capaz de sacrificar a su propia madre si ésta viviera.

—Tu oportuno romance con el imbécil de Lance Kanaly quedará como evidencia de que te fuiste a San Francisco para estar al lado de él, para vivir con él una aventura íntima… *y no conmigo*. Luego, tu acción de buena samaritana con John, de la que el monstruo de Jock fue testigo, es otra prueba para la historia de tu supuesta heterosexualidad. ¿Quién, dime quién… puede sospechar que estás viva y conmigo?

Cynthia, pese a aquel cúmulo de seguridades, largó un respingo de duda, de alerta.

A pesar de todo estaba inquieta.

—¿Y si por cualquier razón le hicieran la autopsia a Marjorie Shepard?

La doctora parpadeó con legítimo asombro.

—¿Autopsia? —repitió. Y luego de dominar una carcajada, dijo —: No sé a *qué* iban a hacerle la autopsia porque de Marjorie sólo había un montón de huesos calcinados. Sólo quedó un cadáver irreconocible y horrorosamente mutilado al que le faltaban las piernas… piernas que yo sepulté en dos bidones llenos de ácido corrosivo que, a estas horas, ya habrán disuelto hasta los huesos haciéndolos fermentar. Y esas piernas, *las amputó, ocultándolas luego*… John Cárdenas. Me encargué de que la Policía lo entendiera así. Tu padre, sin saberlo, me abonó el terreno en su conversación con el comisionado porque, al parecer, no apuntó demasiadas referencias buenas sobre su sobrino; más bien al contrario. Acabará pudriéndose en ese manicomio.

—¿Y la familia de Marjorie?

—¿De qué familia hablas, tonta? ¿Crees acaso que no había calculado yo todo esto al milímetro? Marjorie no tiene a nada ni a nadie, no *tenía* mejor dicho… A excepción hecha de un exmarido que se divorció de ella al descubrir sus inclinaciones lésbicas. ¡Fue divertido concienciarla y mentalizarla a través de la hipnosis! En una hora conseguí convertirla en Cynthia Houseman. Hacer que pensara como tú… sin ser la mitad de hermosa y deseable que tú, claro. Sencillo… Sencillísimo obsesionarla con la idea de que

aquella noche «su primo John» acudiría con deseos de asesinarla y…

—¡Calla, por favor! —Casi gritó Cynthia—. No sé cómo puedes ser tan morbosa, tan… ¡A veces me das miedo, Penélope!

La doctora arrugó sus facciones en rictus dolorido. Como si le afectaran profundamente las últimas palabras de su compañera.

Era su expresión la de quien acaba de sufrir un inesperado revés moral.

—¡Cynthia!… —exclamó con voz trémula—. ¿Cómo puedes decir eso? Sabes… sabes que la única persona del mundo que no tiene nada que temer de mí, eres tú. Precisamente tú. ¿Y dices…? ¡Oh, no! Yo, yo, yo sólo pienso en hacerte feliz, en… en… —La doctora hablaba febril, nerviosa, atropelladamente. Trató de dominarse y mordiendo su labio inferior hasta hacerlo sangrar, anunció—: Vamos al camarote, querida.

—Sí… —suspiró profundamente Cynthia, mientras echaba una última ojeada a la gente que se arremolinaba abajo, en el puerto, formando una masa compacta a lo largo de todo el malecón, con la ropa cubierta del confeti y las serpentinas que sus amigos y familiares les echaban desde arriba del barco. Comentó, como si un extraño sentimiento la vinculara de alguna forma a todo aquello—: A pesar de los pesares, las despedidas son escenas altamente emocionantes.

Penélope Harding, que iniciaba ya el descenso por la escotilla primera de proa, no hizo el menor comentario.

Apenas hubieron cerrado la puerta de su confortable camarote cuando Penélope, tras mirar en silencio y profundamente a la morena, abrió una de las maletas extrayéndole un camisón de gasa negra que puso contra el cuerpo de la otra como si fuera un maniquí, anunciando:

—Es tu talla, sí… ¿Te gusta?

Cynthia lo cogió, ciñéndolo a su figura escultural, para exclamar al tiempo que daba una vuelta completa sobre sus talones:

—¡Es maravilloso, cariño!

—Puesto, será tentador…

Golpearon entonces la puerta desde el pasillo. Ambas se sobresaltaron ligeramente, con aquel clásico vuelco del corazón que se produce al suceder algo que uno no espera, y fue la doctora la

primera en reaccionar, con una pregunta muy tópica:

—¿Quién es?

—Servicio de a bordo, señoras. Dentro de cinco minutos zarpamos… Si son tan amables de abrirme la puerta, les traigo el vino del brindis. Es costumbre que ese brindis se haga en el gran salón y presidido por el capitán, pero a aquellos pasajeros que prefieren permanecer en su camarote, el primer oficial se encarga de que también efectúen el brindis. Es algo así como un rito de buena suerte. No dejen de hacerlo, señoras. Porque no querrán sentirse responsables de que este cacharro se vaya a pique, ¿verdad? Por favor, señoras, hay otros pasajeros esperando…

—¡Que traiga ese vino, Penélope! —exclamó con repentino nerviosismo la hermosa morena. Añadiendo, con acento contrariado —: Ese maldito estúpido acaba de recordarme la posibilidad de un naufragio… ¡Con lo que me había costado rechazar por completo esa idea!

—Bueno. Bien pensado, es una idea excelente. Un brindis con vino de marca siempre resulta estimulante. Hay vinos, querida, que son extraordinariamente afrodisíacos. Siempre y cuando no se abuse de ellos y uno sepa detenerse en el punto exacto donde se produce el estímulo que proyecta la libido hasta su apogeo…

Así diciendo se había acercado a la puerta del camarote, que abrió, haciendo una versallesca y burlona reverencia al camarero.

—¡Adelante, caballero! Mi amiga y yo ansiamos integrarnos en ese brindis de buena suerte.

Entró el sirviente, muy inclinado sobre el carrito de ruedas que empujaba, encima del cual había una bandeja conteniendo una artística botella de vino y… ¡tres copas!

La primera que reparó en aquel detalle anormal, fue Cynthia.

—Sólo somos dos…

—Tres querida, tres —repuso el camarero con la mayor naturalidad. Insistiendo, al tiempo que erguía el tronco para que sus facciones quedasen al descubierto—: Tres… ¿O es que no contabais conmigo?

—¡Maldición! —rugió como una loca, traspuesta, con mirada demoníaca en aquellos ojos irisados, alucinantes, en los que predominaba la tonalidad ámbar, al reconocer la doctora Harding al supuesto camarero.

CAPÍTULO 13

—¡Imposible! —gritó a su vez, trémula de pies a cabeza, la de piernas preciosas, obsesionantes—. ¿Tú…? ¡Pero…! ¿No estabas encerrado en…?

—Estaba, dices bien… *estaba* —matizó enfáticamente la palabra aquel que tanta sorpresa y desconcierto acababa de causar en ambas mujeres. Repitiendo, como si ello le produjera una enorme complacencia; silabeando mejor—:

ES-TA-BA,

sí. Pero no estoy, es obvio. Los psiquiatras son muy buena gente, mi querida primita… Gente extraordinaria aunque a veces se filtre en sus filas una zorra como ésa —tendió el índice hacia Penélope. Luego, tras un breve suspenso durante el cual sus labios permanecieron entreabiertos y algo temblorosos, como si tuviera dificultad a la hora de proseguir, añadió—: Pero suelen ser escépticos a decir verdad… No me hicieron caso cuando les dije que yo estaba convencido de que mi querida prima Cynthia seguía viva; no me hicieron caso, no. Al contrario, pensaron que estaba irremediablemente loco. Es posible que así sea…

La doctora Harding, que seguía manteniendo su mano en el pomo de la puerta y en la cara aquella expresión crispada en la que se mezclaban mil distintas y horribles sensaciones, hizo intento de abrirla de nuevo y asomarse al pasillo para…

Gritar seguramente. Pedir auxilio.

Pero comprendió al punto que sus nervios acababan de jugarle una mala pasada, ya que ella, *ellas*, no estaban en situación de pedir auxilio a nadie. De recibir ayuda de nadie. Porque ello hubiera significado, verdaderamente, el fin, sin dejar paso al principio.

Quizá por eso, John Cárdenas, no se inmutó.

—¿Qué esperas para gritar, loca asquerosa?

Los ojos de Penélope escupieron fuego.

John entonces le enseñó la enorme, pavonada *Parabellum*, provista de silenciador, que acababa de extraer de la funda sobaquera con toda lentitud y parsimonia.

Hizo un gesto con el largo, larguísimo cañón, aconsejando:

—Cierra la puerta, preciosa. Ciérrala… Y no hagas más tonterías si no quieres que te levante la tapa de los sesos dejando en libertad todas esas ideas malignas y retorcidas que tienes dentro, ¿eh? —La vio obedecer, añadiendo—: Y ahora, si os parece, podemos hablar como personas civilizadas, ¿verdad?

Movió de nuevo el cañón del arma indicando a Penélope, en silencio, que se pusiera junto a la otra; comentando con desprecio:

—Ya que la quieres tanto, no te alejes de ella, doctora —soltó una breve carcajada, una risa de perturbado posiblemente, y luego, mirándolas con expresión confusa, preguntó—: ¿Dónde habíamos quedado? ¡Ah, sí…! Los psiquiatras, sí… Pues no me creyeron, no. Estoy seguro de que para sus adentros, incluso, llegaron a reírse de mí cuando les dije que Cynthia estaba viva, que estaba al lado de su amante… «¿Qué amante?», me preguntaron. ¡La doctora Harding! Y les dije que yo había visto las fotos. Aquellas fotos que al principio me parecieron normales… Bueno, normales, si se exceptuaba el brillo de tus ojos, Cynthia. Un brillo revelador, sí… Extraño. Un brillo que transportaba a la mirada de tus ojos toda la carga sucia, ruin y retorcida, que en el terreno del sexo alimentaba tus fétidas entrañas, tus pútridos sentimientos. Un brillo elocuente que ponía en el rostro adonde se dirigía, él de ella… —señaló con la boca del cañón a la psicoanalista—, la explosión mezquina de tus anhelos y deseos.

—John… —Cynthia murmuró cada letra con suavidad exquisita, temiendo alterarle o producir en su ánimo la menor contrariedad. Viendo que él la miraba en silencio, se atrevió a continuar—: Podemos, podemos, ¡de veras!, explicártelo todo.

Cárdenas rió de forma demencial, como un auténtico alienado.

—¿Sí…? ¡Qué divertido! —Se perdió en otra tanda de dementes carcajadas. Y luego—: No te creería, pequeña. No… Como ellos no me quisieron creer a mí, con la diferencia de que les decía la verdad. La verdad, sí… ¡Les decía que tú estabas viva! Con ella… Con la doctora Harding. ¡Malditos todos! No hubo forma de

convencerles de que lo que les decía era… ¿Sabéis qué tuve que hacer? —Las miraba a las dos con ojos tan vacíos como estrábicos. Nervioso, contrayéndose, ensayando extraños «tics» que le hacían más peligroso al pensar que empuñaba una letal automática, dijo con acento triste, con voz que casi era un sollozo—: ¡Tuve que matarlos a los dos! Si… ¡Fue horrible! Al doctor Cameron lo estrangulé con su propio cinturón después de destrozarle la cara a golpes. Al otro, a aquel jovenzuelo pelirrojo y petulante que parecía estar en poder de la verdad… ¡le clavé la punta del bolígrafo en un ojo! Después tiré de él hacia mí. Del bolígrafo, claro… Pero el ojo se vino pegado a él…

—¡Basta, John, basta! —gritó Cynthia, fuera de sí, horrorizada —. ¡Por favor!

—¿Te crees que es mejor lo que hizo esa loca con la pobre desgraciada que puso en tu lugar para convencer a todos de que tú habías muerto… *de que yo te había asesinado, cortándote luego las piernas*? ¿Fue eso mejor? ¿Eh? ¡Contesta, maldita perra impúdica! ¡Contestaaaaaaaa!

—John… —intervino ahora la psicoanalista con voz dulce, susurrante, que semejaba el sutil trino de un pájaro, el canto obsesionante de una sirena mitológica—. ¿Recuerdas? Ella… ¿Te acuerdas de ella? De Cynthia… Cuando tú tenías doce años. Sus maravillosas piernas. Míralas… —Torció el cuello hacia la otra, ordenando—: Cynthia, querida, muéstrale tus hermosas piernas a John. Como entonces. Igual que entonces…

Al tiempo que así hablaba tratando de controlar el psique de John Cárdenas, Penélope, muy despacio, había alzado la diestra para tomar entre los dedos pulgar e índice la cadena del enorme, dorado, brillante medallón que colgaba de su cuello, comenzando a hacerlo oscilar, despacio, lenta, pausadamente, de un lado para otro, de izquierda a derecha, frente a los ojos de Cárdenas.

—Igual que entonces…

Cynthia, muy despacio también, había obedecido. Alzando milímetro a milímetro la falda hasta que aquellas escultóricas extremidades inferiores quedaron al descubierto a la altura de las ingles.

El medallón, ahora, se movía con mayor rapidez. Obligando a las pupilas del muchacho, absortas, como impresas en aquél, a

seguir su recorrido que ahora empezaba a tornarse vertiginoso.

—Como entonces, John. Sí… Maravillosas. Ahora, Cynthia se va a descalzar, sí. Porque tú, ¿qué estás deseando tú, John?

La expresión de Cárdenas era la de un idiota. Los labios trémulos, entreabiertos, ligeramente babeantes. Las pupilas extraviadas por completo pero convergiendo en el obsesionante ir y venir del brillante medallón del que saltaban cegadoras esquirlas, de donde sólo se apartaban para impactar en los muslos fenomenales de Cynthia, en sus piernas exquisitas.

—¿Yo…? —Incluso la voz tenía los matices anormales de un idiota—. ¿Yo…? Besarlos…

—¿Qué quieres besar, John? ¿*Qué*…? ¡Dilo! ¡Grítalo!

Sus labios trémulos iban a decir algo. Incluso iniciaron la frase:

—Los pie…

Pero no terminaron de construirla porque de repente, el barco, que debía haber comenzado la maniobra de desatraque, se movió.

Despacio. Sólo fue una pequeña conmoción. Pero suficiente para que el suelo del camarote oscilara y los pies de las personas que estaban allí se desplazasen un par de centímetros, tres a lo sumo…

Suficiente para que Cynthia Houseman perdiera el equilibrio cayendo de bruces encima de la cama.

Suficiente para que el medallón alterase aquel punto que lo hacía convergente a la estrábica mirada de John Cárdenas… Suficiente para que este entrara aceleradamente en la realidad, comprendiendo lo que pretendía la doctora Harding.

El pintor de oscuro porvenir, tan oscuro y turbio como las fantasías de su mente traumatizada, bajó de forma instintiva el cañón del arma.

Lo hizo, sin lugar a la menor duda, porque dentro del caos que confundía su atropellada psiquis era consciente, racionalmente consciente, de que todo el peligro que hacia él se derivaba procedía de Cynthia Houseman. Y de sus piernas. Y de sus pies, que seguía deseando besar fervientemente.

Por eso, sí.

Por eso había bajado el cañón de la pavonada *Parabellum*.

Por eso apretó el gatillo dirigiendo el sigiloso proyectil que brotó tras un siniestro «¡ploc!», contra la cabeza de Cynthia.

Cabeza que se convirtió, así de pronto, como por arte de aviesa

magia, en carrusel alucinante de rojo al girar… Porque se produjo en ella lo que los fotógrafos llamaban en su argot un «barrido» y que consistía en una imagen difusa, borrosa, en movimiento, alterando su plano inicial en trozos distintos y extrañamente equidistantes. Luego, aquel efecto óptico se redujo a una cabeza destrozada, hecha pedazos, que había salpicado con chorros de sangre, masa encefálica, huesecillos y viscosos cartílagos hechos pequeñísimos pedacitos, cama, paredes, el cristal del cercano ojo de buey, e incluso el suelo del camarote.

Algo que producía náuseas, vómito.

John Cárdenas, asustado, terriblemente asustado por lo que acababa de hacer, desesperado frente al hecho de que sólo la última parte de su sueño se había integrado a la dolorosa, sangrante realidad de la vida, tuvo un primer impulso de correr hacia Cynthia, abrazarse a ella y llorar desesperadamente a la mujer que había querido.

Pero la presencia de Penélope Harding le hizo contener, abortar aquel impulso.

No sólo la presencia, sino su expresión…

¡Terrible expresión la de la doctora en Psiquiatría y Psicoanálisis!

Que conllevaba una respuesta… la de su locura. Una locura que posiblemente debía ser congénita y que ella había sabido ocultar al mundo, a todos cuantos la habían rodeado desde la infancia. Una locura que al dorso ofrecía la imagen de una brillante inteligencia que le llevó a doctorarse, ¡siniestra ironía!, en el tratado de las enfermedades del psique, del espíritu.

Pero John lo comprendía abiertamente, sin la menor duda, a través de aquella expresión que ahora lucía, ostentaba el rostro de Penélope; comprendía que estaba tan loca como él.

Enfurecida además por la muerte súbita, inesperada de la mujer que adoraba, del amor de su vida, de la pasión…

Porque Penélope Harding, además de loca, era…

—¡Asesino! ¡ERES UN ASESINO! —gritó—. ¡¡ASESINOOOOOOOOO!!

—Estás loca, Penélope. Rematadamente loca.

Seguro.

Porque su rostro, perfecto rostro que John había admirado al

descubrir la pureza de su hermosura un día, cercano aún, en la consulta de la doctora, era ahora, en aquel momento, una máscara.

Una máscara diabólica y grotesca.

Centelleantes de rabia sus ojos donde el ámbar se había perdido dentro del iris y éste en el fondo de la impenetrabilidad del más oscuro de los negros, del más aberrante. Convulsas todas las facciones, extrañamente babeante su boca, demoníaco el rictus que apretaba el conjunto facial de la mujer. Algo que nadie hubiera sospechado jamás viéndola en su estado normal.

—Estoy loca, sí… —admito con morbosa satisfacción, convertida en un monstruo de odio y maldad, de ira—. ¡Y voy a matarte! ¡A MATARTE!

Dicho esto, inesperadamente, se lanzó adelante con el estilo de una campeona saltando del trampolín al vacío en busca del rectángulo acuoso, extendidas las manos como garfios en pos del cuello de Cárdenas.

Con la fuerza y furia titánicas que la demencia prestaba a aquella clase de seres irracionales, totalmente irracionales. La misma que Penélope había utilizado para asesinar al detective Hansford Grant cuando éste se disponía a redactar un informe sobre Cynthia en el que hubiesen quedado al descubierto las relaciones lésbicas entre ambas.

Con aquella fuerza, sí, intentó atrapar el cuello del muchacho y apretarlo, apretarlo, apretarlo…

John dio un brinco atrás alzando a la vez el cañón de su automática y apretó el gatillo.

Fue así de simple.

De sencillo.

«¡Ploc!»

Un disparo.

Quedo. Callado.

Silencioso.

La cabeza de Penélope Harding estalló.

Se deshizo en pleno salto y cuando la doctora se aplastó de bruces en tierra, cortado en flor su intento de aferrar el gaznate de Cárdenas hasta estrangularlo, ya no la tenía.

Sólo quedaban restos ensangrentados de lo que fuera su cabeza.

John, despacio, guardó la pistola en su funda yendo hacia el

carrito donde estaban botellas y copas. Descorchando ésta escanció una generosa ración del contenido, rosada la tonalidad, en una de aquéllas.

—¡Por vosotras! —brindó.

Luego de apurar el vino de un solo trago, se quitó la chaqueta rasgando el forro con rápidos y nerviosos movimientos, para extraer del interior el objeto que allí trajera oculto.

Una *sierra*.

Empuñándola, se dirigió al lecho sobre el que Cynthia, rígidamente inmóvil, estaba tendida decúbito prono.

Silbando…

Mientras silbaba quedamente aquella canción que años atrás diera la vuelta al mundo de la voz de Frank Sinatra, John, comenzó a serrar las piernas de su prima.

R
AS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS…

El monótono canto del dentado de la sierra se confundía con las notas de «Extraños en la noche» que surgían, melancólicas, por entre los labios de John Cárdenas.

R
AS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS…

Sólo se interrumpió un momento, apenas segundos, para limpiar con el bajo de la falda de Cynthia la sangre que salpicaba su rostro, impidiéndole la visión. Musitando:

—Quiero que este mal me salga del todo bien.

R
AS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS,
RAS-RAS…

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Los americanos llaman así, coloquialmente, a la ciudad de San Francisco. (Nota del Autor). < <